

Nuevo

Respiro del alma

Pensamientos en orden suelto



Pablo Martín Sanguiao

“Tú, cuando ores, entra en tu cámara (interior) y, cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará”

(Mt 6,6)

RESPIRO DEL ALMA

- Pensamientos en orden suelto -

- 1 -

La vida está en la respiración. El respiro del cuerpo dice que estamos vivos. Mucho más lo dice el respiro del alma. Con este título espero ofrecer regularmente –tanto como el Señor lo conceda– un pensamiento que sirva para nuestra verdadera vida. En este tiempo, tantos se pierden en cosas de tierra, en discusiones vanas, denunciando abusos, errores, las muchas caras del mal... Está bien, que lo hagan, con tal de que sea sólo para Gloria de Dios y verdadero amor al prójimo. Personalmente creo que aún sea más importante combatir la buena batalla, dirigiendo el pensamiento y el corazón más hacia la Verdad que hacia la falsedad, más hacia el Bien que hacia el mal.

Y el respiro del alma es como el del cuerpo: recibiéndolo del Señor y correspondiéndole continuamente. ***Oh Señor, Tú eres Amor, amor Tú das, amor me haces; amor soy yo, amor doy yo, amor en Tí.***

Sí, porque todo lo que sale de Dios debe volver a Dios. Es como jugar al ping-pong con Dios: Él nos manda continuamente la pelotita de su Amor por un lado o por otro, sirviéndose de mil cosas o criaturas o circunstancias, y debemos devolvérsela inmediatamente sin retenerla para nosotros, porque entonces el juego del amor se interrumpe y la vida se detiene y nosotros perdemos. En esto consiste todo el arte de la vida: saber recibir todo de Dios y devolverle continuamente todo a Dios (sin tener en cuenta de a través de que o de quien nos lo da). Esta es la esencia de la oración (no digo de las oraciones, que son un medio para educarnos a este fin): “me amas – te amo”.

- 2 -

La vida es un camino, no es una bella teoría ni algo que se aprende de memoria y que se repite como un papagallo, o que tal vez se presume como distintivo de pertenencia a un grupo superior o a una asociación que mira por encima del hombro a los demás, como aquel fariseo que se jactaba ante Dios y despreciaba al publicano. La vida que el Señor nos ofrece, que su Voluntad sea nuestra vida como es su vida, quiere vivirla en nosotros y que la vivamos con Él y en Él. Empezó con su Encarnación; por eso, para nosotros comienza con la verdadera consagración a María, que no es una simple oración que se reza o un rito, sino una actitud filial, un gesto lleno de confianza y de amor.

Oh Señor, repite ahora tu último gesto de amor, el testamento de amor que hiciste en la Cruz antes de morir, repite de nuevo tu palabra: ***“Madre, he ahí a tus hijos...”***

Oh María, Madre de Jesús y Madre mía, yo te entrego y te consagro mi vida como hizo tu Hijo Jesús. Me consagro a tu derecho de Madre y a tu poder de Reina, a la sabiduría y al amor del que Dios te ha colmado, renunciando totalmente al pecado y a aquel que lo inspira, te entrego a Tí mi ser, mi persona y mi vida, y especialmente mi voluntad, para que Tú la conserves en tu Corazón materno y la ofrezcas al Señor junto con el sacrificio que Tú hiciste de Tí misma y de tu voluntad. En cambio, enséñame a hacer como Tú la Voluntad Divina y a vivir en Ella. Amén.

- 3 -

Señor, siento necesidad absoluta de Ti para presentarme al Padre. Tú lo has dicho: *“Nadie puede ir al Padre sino por Mí”*. Siento necesidad absoluta de estar en tu Humanidad adorable... En tu Humanidad el Padre me ha visto y me ha amado, me ha querido y me ha creado. En tu Humanidad, Jesús, he sido concebido, junto contigo, en Ti, como un miembro tuyo que te pertenece.

Tú me has dado el ser y la vida en Ti: por eso nos llamas *“hijos míos”*. Pero no lo habrías hecho sin el *“sí”*, sin el *“Fiat mihi”* de tu Madre; por eso, no Tú solo, sino junto con Ella nos habéis dado la vida. De esa forma Tú y Ella sois los verdaderos primeros padres de la humanidad, los dos primeros de toda la Creación.

¿Y cuál es el puesto de María, su papel en vuestro Proyecto eterno? Tú has dicho *“sin Mí no podéis hacer nada”*: de la misma manera Dios ha dicho *“sin Ella no quiero hacer nada”*. Por eso habéis querido que todo el Proyecto divino de la Stma. Trinidad dependiera de Ella, que pasase a través de Ella, que la potencia infinita de vuestro Amor se desbordara “afuera” de vuestro Ser divino y se realizara por medio de Ella. Y no había otro “proyecto de reserva” en caso de que esta criatura no acogiera la invitación divina.

El amor requiere plena libertad, para que en él pueda expresarse sin límites ni condiciones la voluntad de entrega y de acogida de la persona amada. Por tanto, el consentimiento de la Virgen a la Voluntad Divina debía ser digno de Dios, en perfecta libertad, totalmente consciente y voluntario. Así Dios ha querido en su Amor depender de María: todo le ha dado y Ella en todo le ha correspondido. Amar es compartir todo.

- 4 -

“Héme aquí, oh Padre, que vengo para hacer tu Voluntad”... ¿Te suena esta frase, oh Padre? ...¡Sí, sin duda! Eternamente resuena en tu Corazón, y así quiero que resuene eternamente en el mío... Es tu primera palabra, oh Jesús, que expresa todo lo que Tú eres, es tu identidad, tu definición, la razón de haberte encarnado y de ser... Así es necesario que de la misma forma sea mi identidad, mi vida, mi razón de ser. En esto consiste tu Amor. Por eso te ruego: repítela Tú mismo en mí, desde el primer instante de mi existencia y en cada momento de mi vida, que también yo quiero pronunciarla contigo *“desde el Principio”*, desde tu Encarnación y en todos los momentos de tu

Vida, hasta tu Muerte en la Cruz y en tu misma Resurrección. Tú en mí y yo en Ti: que el Padre te vea en mí, que el Padre me vea en Ti. Quiero, Jesús, tomar parte en vuestra inefable Conversación eterna, en vuestro eterno Amor. No sólo dar gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, sino que debo y quiero ser eternamente gozo y gloria *del* Padre, *del* Hijo y *del* Espíritu Santo.

Este es el milagro más grande: que una criatura, que por sí misma es nada, dé vida a tu Voluntad, dé vida al Todo. Y los milagros sólo Tú puedes hacerlos. Por eso, oh Padre, ven y haz *conmigo, por medio mío y en mí* tu Voluntad. Así dijo la Stma. Virgen: “*heme aquí, hágase en mí*”, y unido a ella, con mi Madre, también yo digo: “*he aquí al hijo de la Sierva del Señor: hágase en mí según tu Palabra, hágase en mí tu Voluntad*”. El abandono confiado es consciente de la propia nada y al mismo tiempo es consciente del Amor de Dios, de su Providencia, de su Sabiduría, de su Derecho.

- 5 -

La primera palabra revelada de Jesús y de María es “*heme aquí*”. Así como la primera palabra pronunciada por Dios es “*¡Hágase! ¡Fiat!*”.

“*Héme aquí*” significa: aquí me tienes, a tu disposición, listo para hacer lo que Tú quieras, soy tuyo... “*Héme aquí, por tanto, oh Padre, que vengo para hacer mía tu Voluntad... Héme aquí, Padre, que vengo para hacer como Tú y contigo tu Voluntad... Héme aquí, oh Padre, que vengo para que sea realidad en mí tu Voluntad*”... Pero si Jesús ha dicho que “*el Hijo no puede hacer nada por sí mismo sino lo que ve hacer al Padre; lo que Él hace, lo hace también el Hijo*” (Jn 5,19), ¡cuánto más debo decirlo yo, criatura! Por eso, Padre, sé Tú el que hagas tus Obras, todo, conmigo, en mí, por medio mío. En mis pequeñísimas acciones, tus Obras; en cada instante de mi vida, tu Vida.

- 6 -

Luisa Piccarreta, “la pequeña hija de la Divina Voluntad”, escribe el 20 de enero de 1935 (volumen 33°):

«Mi pobre mente se pierde en el Querer Divino, pero tanto que no sé repetir lo que comprendo, ni lo que siento en esa celestial morada del “*Fiat*” Divino; sólo puedo decir que siento la Paternidad Divina, que con todo amor me espera en sus brazos para decirme: “*Estemos como hija y Padre; ven a gozar de mi ternura paterna, de mis modos amorosos, de mi dulzura infinita, déjame que te sea Padre. No hay gusto más grande para Mí, que poder realizar mi Paternidad, y tú ven sin miedo, ven y dame tu filiación, dame el amor, la ternura de hija. Siendo mi Voluntad una sola con la tuya, a Mí me da la Paternidad para contigo y a ti te da el derecho de ser hija*”.

¡Oh Voluntad Divina, cuán admirable y potente eres! ¡Sólo Tú tienes el poder de unir cualquier distancia y desemejanza con nuestro Padre Celestial! Me parece que eso es precisamente vivir en Ti: sentir la Paternidad Divina y sentirse hija del Ser Supremo.

Pero mientras mi mente se llenaba de tantos pensamientos sobre Ella, mi dulce Jesús, haciéndome su breve visita, me ha dicho: ***“Hija mía bendita, es precisamente eso, vivir en mi Voluntad: adquirir tú el derecho de hija y adquirir Dios la supremacía, la autoridad, el derecho de Padre. Sólo ella sabe unir a Uno y otra y formar una sola vida...”***»

- 7 -

Durante la última Cena Jesús dijo: *«Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por Mí. Si me conocéis a Mí, conoceréis también al Padre: desde ahora lo conocéis y lo habéis visto»*. Felipe le dijo: *«Señor, muéstranos al Padre y nos basta»*. Jesús le respondió: *«Desde hace tanto tiempo estoy con vosotros ¿y no me habéis conocido? **El que me ha visto a Mí ha visto al Padre.** ¿Cómo puedes decir: muéstranos al Padre? ¿No crees que **Yo Soy en el Padre y el Padre es en Mí?** Las palabras que Yo os digo, no las digo de Mí; pero **el Padre que está Conmigo hace sus obras.** Creedme: Yo Soy en el Padre y el Padre es en Mí; al menos, creedlo por las mismas obras. En verdad, en verdad os digo, que el que cree en Mí **hará también las obras que Yo hago**, y las hará mayores que estas, porque Yo voy al Padre. Todo lo que pidáis en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si me pedís alguna cosa en mi nombre, Yo la haré. Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. Yo pediré al Padre y El os dará otro Consolador, que estará con vosotros para siempre, el Espíritu de Verdad, que el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce. Vosotros le conocéis, porque mora **con** vosotros y estará **en** vosotros. No os dejaré huérfanos, volveré a vosotros. Todavía un poco y el mundo ya no me verá; pero vosotros me veréis, porque Yo vivo y vosotros viviréis. **En aquel día conoceréis que Yo Soy en el Padre y vosotros en Mí y Yo en vosotros.**»*

“Yo en vosotros y vosotros en Mí”: Jesús en nosotros quiere ser el protagonista de nuestra vida. Nuestro ser (cuerpo y alma) debe ser para El no sólo su morada, sino la “especie sacramental” que lo cubra: sus pensamientos en nuestra mente, sus latidos en nuestro corazón, su respiro en el nuestro, su mirada en nuestros ojos, su escuchar en nuestro oído, sus palabras en nuestra boca, sus obras en nuestras manos, sus pasos en nuestro andar, sus alegrías y sus penas en nuestro sentir, su oración en nuestra alma. En nosotros quiere vivir su dolor y su amor. Con nosotros y en nosotros quiere vivir su relación con el Padre y quiere que participemos en su Conversación. Es decir, que quiere hacer de nuestra vida, momento a momento, una perfecta comunión ininterrumpida con la Suya. Por su parte nos tiene en El a todos, desde la eternidad, concebidos con El y en El, pero no lo sabíamos y por eso no podíamos darle respuesta ni participar. Ahora, por gracia suya, empiezo a darme cuenta, a saberlo por fe maravillosa, y un día lo experimentaré y ¡será la Vida sin fin! Pero para que eso sea realidad es necesario que nuestro “yo”, o sea, nuestra voluntad, no tenga vida, vida que no sea sustituida por la Suya.

Debemos darle la nuestra para poder recibir la Suya. Y no de vez en cuando, sino siempre y en cada cosa, en todo. Si no ¿qué vida sería?

- 8 -

Dios es absolutamente sencillo, puesto que es todo lo que El es y hace todo lo que que El hace en un único Acto infinito. Quisiera decir de un modo sencillo como El qué cosa es “fundirnos en la Divina Voluntad”.

San Francisco de Asís dice: “...y para todo poseer, nada en el mundo hay que tener”, porque como dice Luisa: “A quien todo da, todo se le da, ¿no es cierto, Jesús?” Pues bien, fundirnos en la Divina Voluntad es, sí, llamarla a que sea la Protagonista y la vida de nuestros actos (pasados, presentes y futuros), es decir, de nuestra vida; eso es darle todo y Ella nos da todo, lo que es, su Acto único e infinito (su Querer) con todo lo que contiene...

Pero no acaba ahí. Dios nos da, pero nosotros hemos de tomar, recibir, hacer nuestro todo lo que nos da... ¡y nunca acabaremos! Ese dar y recibir (como la respiración: “me amas - te amo”) es fundirnos en Jesús, o sea, en Dios Uno y Trino, mediante la Humanidad de Jesús. Es perder la propia forma recibir su forma de pensar, de sentir, de hablar, de obrar, de amar, de sufrir, de ser. Es recibir de nuevo aquella “semejanza” con El que Adán tenía cuando Dios lo creó, semejanza perdida por culpa del querer humano.

Para tomar todo lo que Dios nos da (sin límites) hace falta saberlo (el conocimiento) y quererlo (la intención). En la medida que conocemos algo lo apreciamos, lo deseamos, lo amamos, lo pedimos y lo recibimos. Por parte nuestra tenemos sólo dos cosas: DESEOS y DISPONIBILIDAD. En el deseo va la intención, en la disponibilidad está el abandono confiado.

Ahora bien, ¿cuántas veces? ¿Cuántas veces recibimos la Comunión? Es verdad que en una sola Comunión el Señor nos da todo lo que El es, ¿pero cuánto tomamos de todo lo que nos da? Por eso tratamos de recibirlo tantas veces, y adonde no se llega con el Sacramento podemos llegar con el DESEO. El Rey viene a visitar a su amigo pobre en su mísera choza; el amigo pobre le invita a que tome posesión, a que sea el dueño de su tugurio, que pueda hacer y deshacer a su gusto... Pero el Rey le invita a que vaya a vivir en su palacio, que se olvide su cabaña, por tanto a que se vista como el Rey, que aprenda sus modales, que conozca todo lo que es del Rey como cosa propia, que mande como El manda, que llegue a ser como si fuera El mismo (“*Rey de reyes*”, Rey que hace reinar a todos: “*Al vencedor le haré sentarse en mi Trono, como también Yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su Trono*”, Apocalipsis 3,21). Por la mañana le digo al Señor: “ahora revísteme de Tí, como antes, cuando te encarnaste, te revestiste de mí”. Es sustituir el “yo” con el “nosotros”. Eso es fundirnos en Jesús, como se funden en una sola cosa el azúcar y el café (pero no basta ponerlo en la taza, hay que darle “vueltas” tantas veces para que pierda su propia forma y adquiera la del café). Es como cuando un papá o una mamá le dice al niño, para cruzar la calle: “dáme la

manita”, en realidad no sólo toma la mano del niño, sino que a la vez le está dando la suya y con ella su fuerza, su experiencia, su amor, su vida, él mismo. La frase de san Pablo: *“Ya no vivo yo, es Cristo el que vive en mí”* (Gál 2,20) ahora se ha de completar, porque Jesús quiere decir lo mismo: *“Ya no soy Yo el que vive solo, sino que esta criatura mía vive conmigo y en Mí”*. ¡Es el sueño de amor de Dios, compartir todo con nosotros! ¡Y no acabará jamás!

- 9 -

Oh Señor, en concreto: ¿en qué consiste *dar* nuestra voluntad? ¿En qué se nota, de qué cosa puedo decir que realmente te la he dado —o mejor dicho—, que te la estoy dando? (Pues no basta decir que ya te la he dado, puesto que la vida está formada por nuevos y continuos momentos y circunstancias).

¿Y en qué consiste *recibir* nosotros el don supremo de tu Voluntad? ¿Qué me hace pensar que vivo en Ella, que se hace vida en mí?

La respuesta a esta pregunta ya la ha dado Luisa Piccarreta en el texto citado, del 20.01.1935. Vivir en la Divina Voluntad *“es precisamente vivir en Ti: sentir la Paternidad Divina y sentirse hija del Ser Supremo”*.

Es pasar de una mentalidad y espíritu de “siervo” al de “hijo”, es más, al “del Hijo”. En esto consiste esencialmente **su Reino**.

Es lo que dice San Juan: *“El Amor ha de alcanzar su perfección en nosotros, para que tengamos fe en el día del juicio, para que como es ÉL, así seamos también nosotros en este mundo. En el amor no hay temor, sino que el amor perfecto aleja el temor, porque el temor supone un castigo y el que teme no es perfecto en el amor”* (1ª Jn 4,17-18).

Pero para acoger la Divina Voluntad como vida, la condición es que nuestra voluntad no tenga vida propia. Como dice Luisa: *“al que todo da, todo se le da, ¿no es cierto, Jesús?”*. Y es fácil darla de palabra, pero ¿cómo se da realmente? Dos indicios importantes, más aún, necesarios:

- 1º) nunca pensar en nosotros mismos (en lo nuestro, lo que nos han hecho, lo que hemos hecho, lo que queremos hacer, etc.) sin relacionarlo con el Señor. Eso es *“perder la vida”* (ante todo, perderla de vista);

- y 2º) la respuesta a la pregunta: *“¿qué podría pedirme el Señor, que yo no quisiera darle, que yo le negaría...?”* porque ahí se descubren los “ídolos escondidos”, nuestros apegos más o menos secretos, el verdadero obstáculo al Don de su Voluntad.

- 10 -

Lo que la muerte nos ha de quitar por fuerza, ¿por qué no lo dejamos antes por amor? Porque no tenemos nada nuestro: todo lo que tenemos es de algún modo un don del Señor. Por eso, la gran pregunta que el Señor podría hacernos, o que espera que nos hagamos, con su respuesta, es: *“¿Hay algo que el Señor podría pedirme, que yo se lo negaría, después de que El me ha dado todo?”* El no es celoso de sus dones (de lo contrario no nos los habría

dado), sino de nuestro corazón.

Como dice San Agustín: *“Nos creaste, Señor, para Ti, y nuestro corazón no halla paz sino cuando descansa en Ti”* (o sea, cuando se da del todo a Ti).

El problema no es el amor, sino el apego. Es señal de un amor desviado hacia el propio “yo”. Por tanto, un amor negado a Aquel que de verdad nos ama (y no como “nos aman” las criaturas). De ahí es de donde surgen antes o después las desilusiones... *“Sólo en Dios descansa mi alma”* (Salmo 61) ...Y también de este problema mío ¡la solución eres Tú, Señor! Pues entonces, ¿cuál es el problema?

- 11 -

El Amor que Dios quiere dar a sus criaturas, lo quiere dar por medio de cada uno de nosotros. Y el Señor me dice: “¿Me permites que pase? ¿Me permites que sea Yo en ti, dándome por medio de ti? Pero para eso te pido que me des espacio, que me des lo que tienes, para poder darte todo lo que tengo, para llenarte todo de Mí. No hay comparación entre lo que te pido y lo que te doy. Así que no pienses en lo que tú me das, sino en lo que Yo te doy”.

Precisamente eso explica la esencia íntima del Sacerdote, ser ministro y confidente del Señor, ser su portavoz y portador, el transmisor del Amor, de la Luz y de la Vida de Dios, ser puente entre la tierra y el Cielo: “pontífice” por pequeño que sea. Por eso el celibato pertenece a la naturaleza misma del Sacerdote: no es “renuncia”, sino “adquisición”, adquisición de Dios, para poder dar Dios. Puede consagrar porque está consagrado, pertenece a Dios. Debe santificar, es decir, ayudar a sus hermanos a que sean conformes a la Voluntad de Dios: para eso él tiene que ser santo. El Sacerdote: ¡sacramento viviente de Su Presencia!

Pero volviendo al pensamiento inicial: cuando Dios da sabemos que luego nos pide, pero cuando nos pide es para poder darnos mucho más. Y lo que nos da no puede acabar en nosotros: *“dad, y se os dará; una buena cantidad, apretada, colmada y rebosante”* (Lc 6,38). Nos invita a competir con él, como Padre que quiere educarnos, que crezcamos en semejanza con El, que tengamos sus gustos, sus modos, quiere compartir con nosotros su felicidad, porque *“hay más alegría en dar que en recibir”* (Hechos 20,35)

- 12 -

Pensamientos, palabras y obras forman la sustancia de nuestra vida, porque somos “a imagen” de Dios. En Dios, el Padre representa el Pensamiento, el Hijo es la Revelación del Padre, su Palabra que lo manifiesta, y el Espíritu Santo es Aquel en quien Dios se realiza como el Amor, el Divino Realizador.

Jesús, que es la Palabra del Padre, ha dicho: *“Mis palabras son espíritu y vida”*. ¡Qué diferentes son de las nuestras! Las nuestras a menudo no son conformes a la Verdad, porque no son según la Voluntad de Dios, no llevan a Dios, son vacías e inútiles. Y Jesús ha dicho que de toda palabra inútil hemos

de dar cuenta. Pero no sólo de *nuestras* palabras inútiles, sino de *las tuyas*, que nosotros hacemos inútiles y así para nosotros están muertas y sin valor.

¿Y cómo se podrían resumir todas las palabras de Jesús, teniendo en cuenta que Él dijo: “*Aún tengo muchas cosas que deciros, pero por ahora todavía no sois capaces de llevar su peso*”? (Jn 16,12) Creo que todo lo que Jesús dijo y podrá decir esté contenido en su primera palabra, en el momento de venir al mundo: “*Heme aquí, Padre, vengo para hacer tu Voluntad*” (Heb 10,7). La palabra “**Fiat**”, “*hágase*” (¿...qué cosa?), a su vez podría ser explícita en esta otra, que Dios dice con hechos: “*Te amo*”. Por lo tanto, la Fe debe convertirse en verdadero Amor, de lo contrario aún no es verdadera Fe.

- 13 -

Pensando en “*el hijo pródigo*”, está claro que el amor es más fuerte que la muerte, que el amor paterno o materno, cuando es conforme a la naturaleza que Dios nos ha dado, no puede terminar y persevera hasta el fin. Porque un buen hijo puede y debe sentir cariño, gratitud, apego al padre y a la madre, pero el padre o la madre tienen un motivo más de amor: sienten al hijo como su “*prolongación*”, su “*realización*”, su “*espejo*”, el otro “*sí mismo*”.

Es la imagen que Dios puso en nosotros al crearnos: todos nacemos hijos, luego de una u otra manera somos llamados a ser padre o madre. Es la imagen de las tres Divinas Personas en nosotros: *recibimos* la vida para después *compartirla* y finalmente *darla*. Así primero recibimos el Amor de Dios para compartirlo y hacerlo nuestro, y por tanto es justo y necesario corresponderle.

Pero el amor dado y no correspondido se convierte en dolor, así como el amor negado ya es odio. En la medida en que se ama, se sufre por la persona amada cuando ésta no corresponde y se daña, y aún más cuando paga con el rechazo y la enemistad. Por eso, si Dios es por esencia Amor infinito, Amor que plasma a sus criaturas y se da continuamente a ellas, ¿cuál no será su dolor cuando estas criaturas lo desprecian, lo expulsan de su vida, lo ofenden gravemente, se destruyen entre ellas y se pierden para siempre? Pero, ¿cómo puede Dios sentir ese dolor, siendo que Dios es también Felicidad infinita? La única forma de sentirlo es mediante una naturaleza creada, pero totalmente suya: la Naturaleza humana de Jesucristo. Él ha sentido el inmenso dolor del Amor divino rechazado y odiado, más todo el mal que los hombres se hacen de esta forma. Lo ha sentido como Dios, en su Naturaleza humana, y lo ha sentido como Cabeza y responsable de toda la humanidad, porque hemos sido creados como miembros suyos, para formar su Cuerpo Místico.

Esta es la verdadera explicación de su Pasión: su infinito Amor.

- 14 -

El Misterio de la Santa Misa nació en el seno de las relaciones de infinito Amor entre las Tres Divinas Personas. Y en cada Santa Misa, desde su comienzo, el Señor se hace presente en el Sacerdote antes aún que en la

Eucaristía. Es como un doble milagro eucarístico, una doble “transustanciación”: por así decir, un instante antes de la Consagración Eucarística, como condición necesaria, tiene lugar esta otra, la del sacerdote que en ese momento se identifica con Cristo. Ya no es el hombre que pronuncia las palabras de la Consagración, sino el Señor es el que las dice por medio del celebrante, con su voz. La voluntad (la intención, al menos genérica) del sacerdote ha de ser en ese momento una con la Voluntad del Señor, sin poder distinguirse una de la otra: un solo Querer, humano-divino. El misterio de infinito y eterno Amor, que implica ese abajarse de Cristo, ese humillarse, tomando nuestras culpas y sufrimientos y haciéndose “*obediente hasta la muerte y muerte de Cruz*”, este Misterio divino pasa a través del Sacerdote en la Misa. Es como si una corriente eléctrica de millones y millones de voltios pasara por un pobre hilo de cobre, tan frágil, tantas veces roto y reparado... ¡y no se desintegra!!! Y ha querido que su cumplimiento no dependiera sólo de Él, sino también del Sacerdote: ¡qué inmensa responsabilidad, qué honor, qué Amor infinito! Una unión que se vuelve misterio de unidad, que debería continuar después y extenderse a todos los momentos de la vida, 24 horas cada día, y así poder decir con San Pablo: “*Estoy crucificado con Cristo, ya no soy yo el que vive, sino Cristo es el que vive en mí*”.

- 15 -

La confianza es el signo inconfundible del espíritu filial, es el Espíritu del Hijo, que se sabe todo del Padre y lo siente, como sabe y siente que el Padre es todo suyo, que se siente en el Padre y lo siente en sí. Y de esta experiencia viva nos hace participar cada vez más, en la medida en que lo buscamos y lo deseamos. La confianza, como todo lo que es vivo, ha de ser cultivada y alimentada en el trato de la oración. No se confunde con el fervor, que siendo más sensible es más superficial y a veces puede (y debe) faltar, para darnos ocasión de que se haga más robusta nuestra fe. Esto es para nosotros el resumen del Evangelio: ¡creer en el Amor!

Comunión es compartir lo que somos, lo que tenemos, lo que hacemos, como sucede entre las Tres Divinas Personas: “*Todo lo mío es tuyo, y todo lo tuyo es mío*”, ¡yo soy todo tuyo y Tú eres todo mío!

La Comunión ha de ser recíproca; por tanto, como el Señor entra en la criatura, así quiere que la criatura entre en Él. ¿Y cómo se entra? Con la *confianza* de un niño que sabe que su papá lo ama y lo desea tanto, y con la *sencillez* de Dios y de todo lo que Dios hace, como es respirar o abrir los ojos para ver, algo tan sencillo y fácil, tan lógico y espontáneo.

Oh Jesús, al recibirte en la Eucaristía no sólo quisiste que tu Cuerpo se hiciera uno con mi cuerpo y mi cuerpo fuera el Tuyo, que tu Sangre se convirtiera en mi sangre y mi sangre fuera la Tuya, que tu ADN y mi ADN se hicieran un solo ADN, que tu Vida fuera mi vida y mi vida fuera la Tuya, sino

incluso que tu Sacrificio, tu suprema respuesta de Amor al Padre se mía, ¡sea *nuestra* infinita respuesta de Amor al Amor del Padre! Ténme contigo en la Tuya, en vuestra eterna conversación entre el Padre y Tú, porque hablabais de mí, de cada una de vuestras criaturas. Una conversación de Amor infinito, que es la identidad propia del Espíritu Santo. Y ahora que empiezo a saberlo, me llamis a tomar parte en vuestra inefable conversación divina... Oh Jesús, que no quieres estar solo, que desde el principio, desde la eternidad, me has querido contigo y en Ti, como algo tuyo, porque el Padre, al mirarte a Ti, me ha visto a mí: mirando a los dos, ha visto Uno solo. El Uno con un cero: ¡diez! El Uno seguido de tantos ceros: ¡una cifra incalculable!

- 16 -

Jesús instruye a Luisa acerca de la Comunión, como leemos en el Volumen 8º, el 9 de febrero de 1908:

«Habiendo comulgado, estaba diciendo: “Señor, tenme siempre apretada a Ti, que soy demasiado pequeña, que si no me tienes estrecha, siendo pequeña, puedo perderme”. Y Él: “*Quiero enseñarte como debes estar Conmigo:*

Primero, entra en Mí, transfórmate en Mí y toma lo que veas en Mí.

Segundo, cuando te hayas llenado toda de Mí, sal afuera y actúa Conmigo, como si tú y Yo fuéramos una sola cosa, de modo que si me muevo Yo, te mueves tú, si Yo pienso, piensa tú en lo mismo pensado por Mí; es decir, que cualquier cosa haga Yo, la harás tú. Tercero, con eso que hemos hecho juntos, aléjate de Mí por un instante y ve entre las criaturas, dando a todos y a cada uno todo lo que hemos hecho juntos, es decir, dando a cada uno mi vida divina, y enseguida vuelves a Mí para darme en nombre de todos la gloria que deberían darme, pidiendo, excusándoles, reparando, amando. ¡Ah, sí, ámame por todos, sácíame de amor! En Mí no hay pasiones, pero si pudiera haber una, esa sola y única sería el amor. Pero el amor en Mí es más que pasión, es mi vida, y si las pasiones se pueden destruir, la vida no. ¿Ves qué necesidad tengo de ser amado? Por eso, ámame, ámame”»

Y con Luisa podemos dar gracias al Señor al recibirlo en la Comunión:

«Jesús, te doy tu Amor, para consolar tus amarguras. Te doy tu Corazón, para consolarte por nuestra frialdad, faltas de correspondencia, ingraticudes y poco amor de las criaturas. Te doy tus armonías, para reanimar tu oído por los gritos ensordecedores que recibes con las blasfemias. Te doy tu belleza, en reparación de la fealdad de nuestras almas cuando nos enfangamos con la culpa. Te doy tu pureza, en reparación por las faltas de recta intención y por la podredumbre y el lodo que ves en tantas almas. Te doy tu inmensidad, para repararte por las estrecheces voluntarias en que se meten las almas. Te doy tu ardor, para quemar todos los pecados e incendiar todos los corazones, para que todos te amen y nadie más te ofenda. Te doy todo lo que Tú eres, para darte satisfacción infinita, amor eterno, infinito e inmenso.»

A partir del Misterio de la Stma. Trinidad: para que un padre sea padre debe tener un hijo; para que un hijo sea ese hijo debe tener ese padre. Pero para que ambos lo sean, debe haber entre ellos un vínculo que los una. En Dios ese “vínculo” o “relación” recíproca es la persona del Espíritu Santo.

Por lo mismo, no basta que alguien me pida que le haga de padre espiritual (no es un título honorífico, sino una responsabilidad), ni que la persona diga que es hija espiritual, sino que hace falta ese *vínculo* que es el conocimiento recíproco y un compartir espiritual. El vínculo natural que une padre e hijo permanece (porque está en la naturaleza, digamos, en la sangre), mientras que el vínculo espiritual puede faltar cuando cada uno va por su camino. Sin duda, un padre y un hijo pueden tener tareas diferentes, una vocación distinta en la vida: cada uno es único ante Dios. Pueden tener modos de obrar, experiencias diferentes que van cambiando con el tiempo, respuestas diferentes a Dios.

El grado de bondad o validez de un grupo o de una comunidad depende del grado de bondad o de la validez de cada miembro.

Al crearnos a su imagen, Dios nos ha dado una dimensión personal, única, y una dimensión social, comunitaria.

Por la primera, somos responsables ante Dios de nuestra conducta y de nuestra vida, con Él somos “co-creadores” de nosotros mismos. En esta dimensión personal que nos hace a cada uno único e irrepetible ante Dios está la relación entre la Gracia divina y la correspondencia humana: la iniciativa en cada cosa parte de Dios (Él nos amó primero), pero la respuesta fiel depende de nosotros. Esta dimensión es evidente: si yo como, no es que otro haga la digestión. Cada uno ha venido al mundo como si fuera el único, él solo, y se irá él solo. Y si tuviera a su alrededor 500 amigos que le quieren mucho, nada podrán añadirle ni quitarle, nada podrán hacer por él. Cada uno de nosotros está solo y sólo con Dios, al cual solamente pertenece.

La segunda dimensión es otro tanto evidente: Dios ha dispuesto que su Providencia, su Sabiduría y su Amor a nosotros pasen a través de tantas criaturas, empezando por nuestros padres, mediante los cuales nos trajo al mundo, y que nuestra vida y nuestra conducta –nuestra respuesta a Él– tenga consecuencias y repercusión en muchas otras criaturas. Dios ha querido que dependamos de muchos y que muchos dependan de nosotros.

Ambas dimensiones corresponden a dos fuerzas que integran todo en el Universo creado: la fuerza centrípeta y la fuerza centrífuga. Juntas forman la cruz: vertical es la primera, horizontal la segunda. Y deben estar en equilibrio, una no debe prevalecer sobre la otra, de lo contrario se crea desorden y dolor.

En la sociedad, el predominio de la primera conduce a ese individualismo egocéntrico y egoísta del liberalismo capitalista; el predominio de la segunda ha producido el socialismo y el comunismo que anula al individuo y lo reduce a un número.

“Un solo Cuerpo, un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de vuestra vocación a la que habéis sido llamados; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios Padre de todos, que está por encima de todos, actúa por medio de todos y está presente en todos” (Ef 4,4-6).

Dios es Uno y es Unidad, y todas sus obras tienen el sello de la unidad. Dios es y vive en un solo y único Acto infinito y eterno; en cambio nosotros, criaturas, pasamos siempre de la posibilidad a la realización (de la potencia al acto) y eso supone momentos sucesivos (tiempo).

En su Acto único, Dios ha establecido todos sus decretos eternos, en orden de causa–efecto, en los que manifiesta el misterio de su Voluntad iluminada por su Sabiduría y expresión de su infinito Amor. Y nosotros, diciendo y contemplando estas cosas, no hacemos más que balbucir.

Dentro del misterio de la Unidad, desde el principio aparece otro: *“Dios dijo: ¡hágase la luz! (Fiat lux) Y vio que la luz era buena y separó la luz de las tinieblas”* (Gen 1,3), y luego *separó* las aguas “de lo alto” de las “aguas inferiores” o mar... Dios separa, el diablo divide. Dos palabras con distinto significado. Dios **separa** dos cosas que no pueden estar juntas (la luz de las tinieblas, el trigo de la cizaña, los elegidos de los réprobos...): es un juicio que manifiesta la verdad. **La división**, en cambio, es la ruptura de una unidad.

Dios es UNO, pero es TRES Personas, en la unidad de un único Ser, pero en la diversidad recíproca y complementaria de las Tres Divinas Personas. El Uno no puede estar sin el Otro, es en el Otro, vive en el Otro: el Padre en el Hijo, el Hijo en el Padre, unidos en su infinito Amor que es el Espíritu Santo. Son el Amante, el Amado y el Amor. Una sola Voluntad, una sola Sabiduría, un solo Querer que es Amor.

Infinita Felicidad y perfecta Paz, porque en Dios todo es Orden, Armonía y Belleza, que se refleja en todo: en el *ser*, en el *tener* y en el *actuar o hacer*.

“¿Quién eres tú y Quién soy Yo?”, es la primera pregunta que Dios me hace. Y El mismo responde: *“Yo Soy el que ES, tú eres el que no es”* (así dijo a Santa Catalina de Siena). Y yo, creado a Su imagen, Le respondo como persona: ¿qué soy? Soy nada, pero soy un fruto de tu eterno Amor, soy un proyecto de tu Amor y un espejito tuyo, en el que quieres descender como Sol para llenarme de Ti.

A la segunda pregunta: *“¿Qué tienes tú que no la hayas recibido? Y si la has recibido, ¿por qué te jactas como si no la hubieses recibido?”* (1ª Cor 4,7), respondo: lo que tengo lo debo a Ti, lo recibo de tu Amor, todo en mí te pertenece, en cada momento lo recibo de Ti y por eso en cada momento te doy en ello la respuesta de mi amor. No me lo apropio, sino que por cada cosa te doy las gracias.

Y a la tercera pregunta: “¿qué haces? O sea, ¿por qué lo haces? ¿Cuál es la finalidad? ¿Por quién lo haces? ¿Por ti o por Mí?” No es tan importante lo que hago, cuanto que sea por amor. Cuántas cosas hacemos, pero sin fijarnos adónde van. Al final de la cadena de los “para qué”, todo lo que hacemos termina en Dios, o, por el contrario, en el propio “yo”.

- 20 -

Dios nos ha creado para hacernos partícipes de Él, de su Unidad. Tratemos, dice San Pablo (Ef 4,3-7) “de conservar la unidad del espíritu por el vínculo de la paz. Un solo Cuerpo, un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de vuestra vocación a la que habéis sido llamados; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios Padre de todos, que está por encima de todos, actúa por medio de todos y está presente en todos. A cada uno de nosotros, sin embargo, ha sido dada la gracia según la medida del don de Cristo”.

Como el Padre nos ha visto eternamente a cada uno, a todos nosotros, en su Hijo Encarnado, así en cada uno de nosotros quiere verle, y con Jesús quiere hallar en nosotros a todos los demás, a todos nuestros hermanos y todas las cosas, que ha hecho para nosotros.

También el enemigo infernal, con tantos que lo siguen en el mundo, pretende la unidad, pero destruyendo toda diversidad. También él pretende el UNO que excluye a cualquiera que no sea él. Él, que se hace “dios” y pretende suplantar a Dios en todo.

Eso se refleja en el proyecto de dominio mundial, con una única economía, una lengua para todos (el inglés...), un único pensamiento y un mismo modo de vivir, con un único gobierno mundial en el que cada nación quede diluida y desaparezca, un único soberano que impondrá lo que quiere su verdadero dueño, el demonio, que de esa forma se tragará a todos, robandoselos a Dios y llevandoselos con sé a su infierno. Y todo eso será fruto –al contrario que en Dios, que es Amor– de su egoísmo y de su soberbia, que ha contagiado en tantas medidas al hombre desde el paraíso terrenal: “Seréis como Dios, conociendo (decidiendo vosotros) el bien y el mal” (Gén 3,6).

- 21 -

Jesús ha dicho: “El que me ve a Mí, ve al Padre” (Jn 14, 9) y como en Dios el Hijo es la Imagen increada y perfecta del Padre, es su Expresión, el Concepto perfectísimo que tiene de Sí mismo, y el Hijo está en el seno del Padre y es un solo Ser con Él, así, en cada uno de nosotros el Padre quiere ver a su Hijo y en el Hijo (en nosotros) quiere ver a todos sus hijos, más aún, a toda su Creación. Dios ha querido que cada uno de nosotros sea una imagen suya creada, especial, como un espejito ante el sol que es Él. Nos ha hecho como espejos los unos para los otros y así, mirándonos, en cada uno de nosotros Dios quiere verse no sólo Él mismo, sino a todos sus otros hijos y a todas las criaturas. Este misterio se llama “la Comunión de los santos” y debe

ser la realización de su Reino. Por eso debo ser, quiero ser respuesta de amor al Amor de Dios en nombre de todos y de toda la Creación, voz de todos y de todo, adoración, alabanza y bendición, acción de gracias y amor en todos y en todo. *“Si estos callan, gritarán las piedras”* (Lc 19,60).

“Uno para todos, todos para uno”, más aún, “uno en todos y todos en uno”.

- 22 -

Dios nos ha asignado a cada uno una misión (“*munus*”) y un oficio (“*ministerium*”). “**La misión**” es la vocación, el papel o tarea que cumplir, nuestra razón de ser o motivo de existir, nuestra finalidad, y “**el oficio**” es el medio de llevar a cabo la misión.

Hablando de la Stma. Virgen, el Señor dice a Luisa Piccarreta:

*“Por ser Ella (la Divina Madre) la depositaria de todos los bienes de mi Redención, la puse por tanto, como Madre mía, como Virgen, como Reina, a la cabeza de todos los redimidos, dándole una **misión** distinta, única y especial, que a nadie más le será dada”* (Vol. 17º, 15 de Abril 1925)

*“Hija mía, ciertas **misiones** y **oficios** llevan consigo tales dones, gracias, riquezas y prerrogativas, que, si no fuera por **la misión** o por el desempeño del **oficio**, no sería necesario que tener lo que se posee y que ha sido dado por la necesidad de desempeñar el oficio (...) Además de Mí está mi Madre Celestial, que tuvo **la misión** única de ser la Madre del Hijo de Dios y **el oficio** de Corredentora del género humano.*

*Por **la misión de su Maternidad Divina** fue enriquecida con tanta Gracia que, unido todo lo de todas las demás criaturas celestiales y terrestres, jamás podrán igualarla. Pero eso no fue suficiente: para hacer venir al Verbo a su seno materno, abrazó a todas las criaturas, amó, reparó, adoró a la Suprema Majestad por todos, de forma que Ella sola pudo hacer todo lo que todas las generaciones humanas debían hacer a Dios. Por eso en su Corazón virginal tenía una vena inagotable hacia Dios y hacia todas las criaturas. Cuando la Divinidad encontró en esta Virgen la compensación del amor de todos, se sintió robar el Corazón e hizo la concepción del Verbo, la Encarnación. Y en el acto de concebirme asumió **el oficio de Corredentora** y conmigo tomó parte y abrazó todas las penas, satisfacciones, reparaciones, amor materno a todos, así que en el Corazón de mi Madre había una fibra de amor materno para cada criatura. Por eso, con verdad y con justicia la declaré, cuando estaba Yo en la Cruz, Madre de todos. Ella corría conmigo en el amor, en las penas, en todo; nunca me dejó solo. Si el Eterno no le hubiera dado tanta gracia para poder recibir de Ella sola el amor de todos, nunca se habría movido del Cielo para venir a la tierra a redimir a la humanidad. De ahí la necesidad, la conveniencia de que, como **misión de Madre del Verbo**, abrazase todo y superase todo. Cuando **un oficio** es único, resulta por consiguiente que nada se le debe escapar a quien tiene esa **misión**, debe estar*

*pendiente de todo, para poder dar el bien que posee, debe ser como un verdadero sol, que puede dar luz a todos. Así fue de Mí y de mi Madre Celestial. Ahora tu **misión** de hacer conocer la Voluntad Eterna se entrelaza con la mía y con la de mi Madre querida...*” (17°, 1° de Mayo 1925)

Si aplico estos conceptos a mí mismo o a cualquier otro sacerdote, digo que **la misión** a la que Dios me ha llamado y para la cual me ha dado la existencia, mi identidad es la de ser su sacerdote; en cambio, **el oficio** o el medio como realizar la misión (*lo que hago*) es, por ejemplo, el de párroco o de algún otro servicio que puede ser o no ser, pero no cambia *lo que soy, mi misión*.

Y si se aplica al Papa, es evidente que Benedicto XVI pudo prescindir de ejercer su **oficio** (*ministerium*), dejando que otro, Francisco, lo haga, pero su **misión** (*munus*) como Vicario de Cristo no puede cesar, porque es lo que él “es” ontológicamente, –como él dijo– “es para siempre”. No existe un “Papa emérito”, como no existe un “padre emérito”. Dejaremos todo lo que tenemos y lo que hacemos, pero nunca podremos dejar lo que somos.

- 23 -

Pasar al otro lado, **plus ultra**, ir más allá. ¡Qué necesario es, más que nunca, pasar con Jesús “a la otra orilla”, como dice el Evangelio! “¡Pasar, con Jesús, del mundo al Padre!” Eso es “Pascua” ¡Pasar del signo al significado! ¡Pasar de la dimensión exterior, material, a la interior, espiritual! ¡Pasar de lo que es sólo por fuera a su verdadero contenido! ¡Pasar de las apariencias, de los accidentes, a la verdadera sustancia! Pasar de los medios al fin, llegar a la meta. Todo puede ser una parábola, cada cosa contiene un mensaje de Dios para nosotros: debemos comprender el significado, el mensaje, debemos abrir el sobre y leer la carta que Él ha escrito para nosotros; de lo contrario las cosas quedan sin objeto, sin **la finalidad** querida por Dios para nosotros.

Plus ultra. Cada cosa tiene un aspecto externo que perciben nuestros sentidos y una realidad interna, su realidad más profunda, más importante, que puede conocer nuestro espíritu. Vemos la cáscara de una fruta, pero la parte más importante está dentro. Lo mismo sucede con las personas: el cuerpo es como el vestido del espíritu, su morada.

La Ley de Dios –los diez Mandamientos que Dios nos presenta para modelar con ellos nuestra vida– es como la vestidura que cubre la Divina Voluntad, es como su “especie sacramental”, su “signo sensible” que la vela y a la vez la revela. No son simples órdenes o normas que observar, como habrían podido ser otras distintas; los Mandamientos son como una proyección “ad extra” de cómo es Dios. Los Diez Mandamientos corresponden a cómo es Dios necesariamente, porque Dios no puede ser de otra manera; proceden de su Divinidad, de su Esencia, de su Vida. No podemos detener la atención en su aspecto de Ley o de norma moral, de conducta para

nosotros, sino ir más allá, contemplando en su absoluta necesidad la santidad de Dios, que así se nos manifiesta para hacernos como Él.

- 24 -

¿Existe la obediencia en el Cielo? Jesús, *“aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia”* (Hebreos 5,8), porque en el Cielo no sabía lo que era la obediencia. ¿Obediencia a quién? al Padre. Pero el Padre y el Hijo tienen un solo “Corazón”, están unidos en un solo Amor, que es el Espíritu Santo. La Stma. Trinidad tiene una sola Voluntad. Pero cuando Jesús, *“aun siendo de naturaleza divina, no consideró tesoro codiciable su igualdad con Dios, sino que se anonadó, tomando la condición de siervo y haciéndose semejante a los hombres, y en su condición humana se humilló haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz”* (Fil 2,6-8), entonces aprendió lo que es la obediencia, que es sentir la propia voluntad humana diferente de la Voluntad Divina, a la cual se somete. Y Jesús sintió todo el dolor causado por la separación de todas las voluntades humanas de la Voluntad Divina: eso es lo que le dió *“la muerte y muerte de cruz”*.

¿Cuándo surgió la necesidad y el deber de obedecer a Dios? Cuando el hombre, habiendo sido creado o “salido” de Dios, debe volver libremente a Dios, y en eso consiste la prueba: nuestra voluntad ante la Suya debe darle una respuesta. En el Cielo la respuesta ya está dada y la criatura ha regresado al abrazo de Dios. Allá arriba ya no hace falta la obediencia.

Eso es lo que el Papa Benedicto XVI dice en su primera encíclica *“Deus Caritas est”* (n. 17): *“El sí de nuestra voluntad a la Voluntad de Dios une inteligencia, voluntad y sentimiento en el acto total del amor. (...) Querer la misma cosa y rechazar la misma cosa, es lo que los antiguos han reconocido como auténtico contenido del amor: es hacerse uno semejante al otro, es lo que lleva a la comunión del querer y del pensar. La historia de amor entre Dios y el hombre consiste precisamente en esta comunión de voluntad que crece en comunión de pensamiento y de sentimiento, y así, nuestro querer y la Voluntad de Dios coinciden cada vez más: la Voluntad de Dios ya no es para mí una voluntad extraña, que los mandamientos desde fuera me imponen, sino que es mi misma voluntad, según la experiencia que, de hecho, Dios es para mí más íntimo que yo mismo. Entonces crece el abandono en Dios y Dios se vuelve nuestra alegría”*.

Por eso en el Cielo ya no hacen falta los Mandamientos, la Ley y por tanto la obediencia, porque ya no hay separación entre la Voluntad Divina y las voluntades humanas. En el Cielo sentiremos la Voluntad del Padre como nuestra en todo y por todo, y cada uno la comprenderá en la medida de su propia capacidad de criaturas limitadas. El Reino de Dios ya está cumplido en el Cielo, pero Dios lo quiere desde esta nuestra vida de prueba, aquí en la tierra, y nos enseña a quererlo: *“¡Venga tu Reino!”*

En la 17ª Hora de la Pasión del Señor leemos: «A las palabras de Pilato se hace profundo silencio en cielo, en la tierra y en el infierno. Y luego, como con una sola voz oigo el grito de todos: “¡Crucifícale, crucifícale, a toda costa lo queremos muerto!”. Vida mía, Jesús, veo que tiembles. El grito de muerte desciende en tu corazón, y en esas voces sientes la voz de tu amado Padre que dice: “¡Hijo mío, te quiero muerto, y muerto crucificado!”. Ah, Sientes también a tu Madre que, unquee traspasada, desolada, hace eco a tu Padre querido: “¡Hijo, te quiero muerto!”. Los ángeles, los santos, el infierno, todos con voz unánime gritan: “¡Crucifícale, crucifícale!”. Así que no hay nadie que te quiera vivo. Y ay, ay, con mi mayor vengüenza, dolor y confusión también yo me siento obligada por una fuerza suprema a gritar: “¡crucifícale!”. ¡Jesús mío, perdóname si también yo, miserable alma pecadora, te quiero muerto! Pero te pido que me hagas morir contigo...»

Hay personas que cuando leen estas palabras dicen que no están en la Biblia y que por lo tanto no son verdad. O que todo eso es falso o equivocado. No entienden como el Padre, María y la misma Luisa puedan decir que quieren a Jesús muerto.

La explicación la da poco después Jesús a Luisa: “*dos corrientes se derraman en mi corazón. En una están las almas que, si me quieren muerto, es porque quieren encontrar en Mí la vida; y así, al aceptar Yo por ellas la muerte, son liberadas de la condenación eterna y las puertas del Cielo se abren para recibirlas. En la otra corriente están las que me quieren muerto por odio y para confirmar su condenación*”.

No se puede tomar sólo una frase de la Sagrada Escritura, sin la luz de otras frases (como hacen los protestantes): “*En esto se ha manifestado el Amor de Dios a nosotros: Dios ha mandado a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por El. En eso está el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos ha amado y ha enviado a su Hijo como víctima de expiación por nuestros pecados*” (1ª Jn 4,9-10). No lo ha mandado a pasear, sino a morir para que nosotros tuvieramos la Vida.

(Jesús) “*se humilló El mismo, haciendose obediente hasta la muerte y muerte de cruz*” (Filipenses, 2,8). Son palabras que no permiten dudar. Nos invitan a meditar y a pedir luz **con humildad**, para comprender mejor el Amor de Dios y qué cosa es el pecado, cuánto mal, qué injusticia, qué dolor causa el pecado al Amor de Dios..., pero la Naturaleza Divina de Dios es infinita Felicidad: por eso, para sentir esa humillación y ese dolor “ha sentido la necesidad” de otra naturaleza en la que poderlo sentir. ¡Es la Naturaleza humana de Jesucristo!

Hay que añadir: “Las Horas de la Pasión” fueron publicadas (en 4 ediciones) con “imprimatur” por un Santo canonizado, San Anibal María Di Francia. El cual lo llevó al Papa San Pío X (eran amigos) y el Papa le dijo que

le leyera alguna Hora. Leyó precisamente esta Hora y, en un cierto momento, lo interrumpió diciendo: “*No lea así, pongámonos de rodillas, ¡es Jesucristo el que habla!*”

- 26 -

Todos somos pecadores. San Juan dice: “*Si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañaríamos a nosotros mismos y la verdad no estaría en nosotros. Si reconocemos nuestros pecados, El, que es fiel y justo nos perdonará y nos purificará de toda culpa. Si decimos que no hemos pecado, le desmentimos y su palabra no está en nosotros*” (1ª Jn 1,8-10). Pero poco después dice también: “*Todo el que permanece en El no peca; y todo el que peca no le ha visto ni le ha conocido. Hijitos, que nadie os engañe: el que practica la justicia es justo como El es justo. El que comete el pecado es del diablo, porque el diablo peca desde el principio. Y el Hijo de Dios ha aparecido para destruir las obras del diablo. Quien ha nacido de Dios no peca, porque una simiente divina está en él, y no puede pecar porque ha nacido de Dios*” (1ª Jn 3,6-9).

¿Cómo se explica esta aparente contradicción? De Inmaculada no hay más que una sola criatura, la Stma. Virgen María, la Llena de Gracia. Todos los demás, incluso los más grandes Santos, hemos nacido con el pecado original, con sus consecuencias, y pronto aparece en nosotros la tendencia al desorden en pensamientos, palabras, obras y omisiones. Sin duda los niños pequeños son inocentes, no pecan, así como los incapaces de entender y querer.

Todos tenemos el tribunal interior de la conciencia que nos avisa de parte de Dios; poco a poco se despierta el uso de razón y con él la conciencia del bien y del mal moral, con la cual aparecen las primeras faltas y también el primer pecado. Se nota una sensación de inquietud, de pérdida de la paz, una acusación interior de haber faltado y cometido una culpa, *el remordimiento...*, cosa diferente del *arrepentimiento*. El arrepentimiento es una llamada a volver a Dios, mientras que el remordimiento se detiene en el propio “yo”. Judas, con su remordimiento se cerró en su “ego”, ignoró el Amor del Señor, se desesperó y se suicidó; Pedro, con el dolor del arrepentimiento, se humilló y se abrió a la Misericordia y al Amor que perdona. Le costó aceptar la propia miseria para aceptar la Misericordia, perdonarse a sí mismo sin rodeos como condición para recibir el perdón...

En una palabra, se trata de reconocer la Verdad que nos hace libres, aunque sea dolorosa, o no aceptarla; es volver a Dios o querer esconderse de El, como Adán, y huir. Está en juego la Verdad y el Amor, preferir a Dios o el propio “yo”. Y a propósito de esto recuerdo una frase de Santa Teresa del Niño Jesús, que dice más o menos: “Jesús, viendo cuánto eres bueno con los pobres pecadores, quisiera ser una gran pecadora, de *pecados que no te ofendan...*”

Lejos de nosotros hasta la sombra del pecado voluntario, de la ofensa al Señor, pero aceptemos ser pobres pecadores, nuestra debilidad y nuestras miserias. Son nuestros “antirrobo”, como dice San Pablo: *“Para que no me ensoberbezca por la grandeza de las revelaciones, me ha sido dada una espina en la carne, un enviado de satanás que me abofetea, para que no me engría. Por eso tres veces he pedido al Señor que lo apartase de mí y él me ha dicho: «Te basta mi gracia; mi fuerza se manifiesta plenamente en tu debilidad». Me gloriaré por tanto con mucho gusto en mis debilidades, para que habite en mí la fuerza de Cristo. Por eso me complazco en mis flaquezas, en los oprobios, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias por Cristo: cuando soy débil, entonces soy fuerte.”* (2ª Cor 12,7-10)

- 27 -

La obra de la Creación Dios la ha hecho por motivo de la Encarnación del Verbo. San Pablo dice: *“Todo es vuestro, pero vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios”* (1ª Cor 3,22-23). Cada cosa que existe es un milagro de Dios, contiene un mensaje suyo, es un canal de comunicación de Dios hacia nosotros, nos trae su Amor y nos manifiesta sus infinitas perfecciones. Dios la ha hecho *sin* nosotros, pero *para* nosotros. Sus hijos, la generación de los “hijos de la Luz”, somos los destinatarios de toda la Creación.

Pero Jesús habló de una *“nueva Creación”* (Mt 19,28) y la historia de la Creación debe culminar en el cumplimiento de la Voluntad de Dios, que Él expresa en Apocalipsis 21,5: *“He aquí que hago nuevas todas las cosas”*. No “otras”, sino “nuevas”. Esta nueva Creación Dios quiere hacerla *con* nosotros porque se ha de cumplir *en* nosotros. Dios quiere la segunda generación de sus hijos, “los hijos de su Voluntad”, no sólo como espectadores pasivos y destinatarios de su Obra, sino que nos quiere unidos a Él como realizadores activos, porque quiere hacerla *con* nosotros y *por medio de* nosotros.

Dar existencia a la obra de la Creación es un acto de la Voluntad de Dios, un acto espiritual y divino en el que quiere que sus hijos participen, uniendo su voluntad humana a la Voluntad Divina en una perfecta respuesta de amor. Es decir, donde Dios ha puesto su firma y su dedicatoria quiere que nosotros, sus hijos, pongamos junto a la Suya nuestra firma y nuestra dedicatoria: respuesta de gratitud y alabanza, de acción de gracias y de amor. Esa es la forma de tomar parte activa en la realización de la nueva Creación.

Pero debe cumplirse y realizarse *en* nosotros, porque *en* nosotros quiere ver todo lo que ha hecho —el cielo, el sol, la tierra florecida, el mar, etc.— ya que todas las cosas deben representar las correspondientes cualidades y perfecciones que Dios quiere crear en sus hijos y así, de este modo, vuelvan a ser a su semejanza, igual que “narran” sus infinitas perfecciones y su gloria. Dios quiere que con Él “trasplantemos” toda la obra de la Creación en nuestro

espíritu. Es lo que hizo en María, desde el primer instante de su inmaculada concepción.

- 28 -

“*Venga tu Reino*”, pedimos siempre en el Padre Nuestro. Y no se sabe bien qué cosa es el Reino, ni adonde ha de venir, ni de qué manera. “*El Reino de Dios no viene de un modo que llame la atención, y nadie dirá: ‘Aquí está’ o ‘Allá está’, porque el Reino de Dios está entre vosotros*” (Lc 17, 20-21), es decir, el Reino de Dios ya estaba presente y perfecto en Jesús y en María y, como en ellos, así deberá estar presente en nosotros.

Somos llevados a pensar que, en todo caso, el Reino de Dios será una nueva situación de bienestar, como dice san Pablo: “*El Reino de Dios no es cuestión de comida o bebida, sino de justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo*” (Rom 14,17). Sin duda, estas cosas son consecuencia de otra cosa. Está claro que un reino no se forma con una sola persona, un reino está formado por muchas cosas concretas, no se improvisa. Y se ha de formar en nosotros, en cada uno de nosotros, con nuestra colaboración activa. Hacen falta tantos ladrillos para construir una casa..., tantas casas para formar una ciudad..., tantas ciudades para formar un reino... He aquí que **el Reino de Dios ha de abarcar todo lo que existe**, todas las obras de Dios, la Creación, la Redención, la Santificación y todas las criaturas, con todo lo que forma su ser y su vida... Todo lo cual se debe formar de alguna manera en cada uno de nosotros, de un modo estable. Es evidente que esta es una realidad espiritual que ha de ser creada en nuestro espíritu, es una “*nueva Creación*” (Gál 6,15)... La primera Creación, Dios la hizo Él solo, pero “*la nueva Creación*” quiere hacerla junto **con** nosotros, porque ha de ser **en** nosotros.

Este es el verdadero fin, el verdadero motivo de ir “*girando*” o recorriendo todas las obras de Dios para hacerlas nuestras, para darle una respuesta de amor por todos y en todos, por todo y en todo. Sólo así puede formarse en nosotros el Reino de Dios, sólo así puede venir. Y cuando esté formado en nosotros suficientemente, entonces vendrá también el Rey de este Reino. Porque son dos cosas distintas la venida del Rey, de Cristo Rey, y la venida de su Reino. Primero debe formarse el Reino y luego Él vendrá a tomar posesión de lo que le pertenece... Mientras tanto, Él ya está aquí **con** nosotros y **en** nosotros para prepararlo, para hacerlo.

- 29 -

“Buena ida y buen regreso”, dijo Dios y nos creó con un beso. El hombre viene de Dios y debe volver a Él. Todo lo que procede de Dios ha de volver a Él, y esa es la tarea que Dios le ha dado al hombre, porque “*todo es vuestro, pero vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios*” (1ª Cor 3,22-23).

“*Tan largo y tan duro es el camino, pero no temo nada si es contigo*”. Un camino largo, fatigoso, a veces doloroso, que se recorre paso a paso. En cada

“ahora”, con cada paso. Lo importante es en qué dirección vas, porque o te acercas a Dios o te alejas de Él, cuando la intención es tu propio “yo”.

La meta es el Paraíso. Que nadie falte y que nadie llegue con retraso.

Tantos viven en el pasado, con la mente y con el corazón. Muchos viven igualmente en el futuro. Mejor dicho, creen que viven, pero no viven. Por eso son infelices y angustiados. No saben que la vida es para recorrer el camino del regreso, sirve para hacer un traslado: como quien ha de mudarse a una casa nueva, que manda por delante todas sus cosas y por último, cuando todo está preparado, va él personalmente.

“Señor, mi pasado, lo dejo a tu Misericordia - mi presente, a tu Amor - mi futuro, a tu Providencia”. Mi pasado, aun el de hace un momento, así como mi futuro, lo que será dentro de un momento, no están en mi poder. Dispongo sólo de mi presente, de mi brevísimo y fugaz “ahora”, que coincide con el infinito y eterno “Ahora” de Dios, en el que está presente todo lo que Él es, lo que tiene y lo que hace, y desea compartir todo eso conmigo: ¡su “Ahora” quiere hacer comunión con mi “ahora”! Hoy es por tanto el día más importante de mi vida. Hoy es el único día que tengo para llenarlo de respuestas al Amor de mi Dios. En este hoy se concentra toda la eternidad. Para mí, la eternidad depende de mi hoy. Cada instante tiene valor de eternidad.

Cuántos piensan en el futuro, hacen previsiones, lo planean, ¡pero qué saben! *“Y Dios le dijo: Necio, esta misma noche se te va a pedir la vida, y lo que has preparado ¿para quién será? Así es del que acumula tesoros para sí mismo y no se enriquece ante Dios”* (Lc 12,20-21).

Cuántos piensan en el fin de los tiempos, si es el fin del mundo... Tontos, una y otra cosa les llegan a todos en el día y la hora que no saben y ¡ay si no están preparados!

Yo no pienso en el final de mi vida, porque sé que no moriré jamás (¡ni aunque me maten!), porque mi futuro, mi vida eterna, por pura gracia de Dios ya lo tengo aquí, ahora, con la única diferencia que aquí se vive en la fe y en el Cielo se vive en la visión. Aquí se pueden hacer ganancias, allí se vive de la renta. Aquí se siembra y allí se recoge el fruto de lo sembrado.

No pensemos al final de nuestra vida, miremos más allá: *“No es que haya conquistado ya el premio o que haya logrado la perfección; sólo me esfuerzo por correr para alcanzarlo, porque también yo fui alcanzado por Jesucristo. Hermanos, yo no creo haberlo aún alcanzado, sólo sé esto: olvidando el pasado y mirando al futuro, corro hacia la meta para llegar al premio que Dios nos llama a recibir allá arriba, en Cristo Jesús”* (Fil 3,12-14). O como dijo San Francisco de Asís: *“Tanto es el bien que yo espero, que toda pena es consuelo”*. *“Donde está tu tesoro, ahí está tu corazón”* (Lc 12,24). Por eso, lancemos el corazón al otro lado de este muro, que vaya a tomar posesión del verdadero Tesoro, pasemos ya, desde ahora, “a la otra orilla”. Toda la vida es entrenarnos, es aprender a “pasar a la otra orilla”.

En el Avemaría podríamos decir (si lo entendemos): *“ruega por nosotros, pecadores, ahora, que es la hora de nuestra muerte”*, porque toda nuestra vida es un continuo pasar, ha de ser un morir a nuestro “yo”, a nuestra voluntad humana, un pasar del mundo al Padre (una Pascua), en sus brazos, un regreso a Él. Este es el verdadero morir, que es el nacer: la vida es un morir (que no es la muerte) y ese morir es para vivir... ¡Un buen misterio!

- 30 -

Estoy seguro de que al Señor le interesa nuestro verdadero bien infinitamente más que a nosotros (¡nos ha evaluado cuanto se evalúa El mismo!) y sabe bien como conducir nuestra vida. *“El que quiera salvar su vida la perderá y el que la pierda por Mí la hallará”*, ha dicho. El que la pierda ante todo de vista. “Mi pasado, a su Misericordia; mi futuro a su Providencia; mi presente a su Amor”: Así es como quiero vivir, y lo que soy, donde estoy y lo que hago no le he programado; para cada cosa que se me pide o se me propone (siempre que no contradiga su Voluntad) me ha acostumbrado a responder “está bien”, “héme aquí”. Cuando el Señor ha querido, me ha indicado el camino o qué hacer por medio de quien tiene autoridad sobre mí. Pero no espero a que me lo diga mandandome un Angel con un pergamino de luz escrito... Es decir, por el camino normal El habla con los hechos, dejandolos al buen sentido, a buen entendedor... Por tanto, sabiendo que cada talento recibido debe producir fruto y que cada momento de la vida es un milagro, una sorpresa suya, vivo con El sólo el presente; de lo que tendré que hacer mañana o esta misma tarde, se ocupa El, lo sabe El.

Y de qué forma hará resucitar su Iglesia o de quién se servirá, es cosa suya. Quien viva verá desde acá, y el que no, verá desde allá, pero para su Triunfo el Señor quiere servirse de nosotros, de nuestros átomos, de nuestros deseos, de nuestros instantes y de nuestra vida... Que todo sea suyo, que El sea el Protagonista de todo en nosotros y vivificado por su Divina Voluntad.

- 31 -

La misión de una madre, reflejo y participación del Amor fecundo de Dios, es dar la vida. No sólo la existencia, sino la Vida. No es sólo dar a luz a un hijo, sino finalmente darlo a la Luz, porque todo lo que sale de Dios debe volver a Dios. Pero como dijo San Agustín: *“Aquel que te creó sin ti no te salvará sin ti”*. Por eso nuestra Madre dice por boca de San Pablo: *“Hijos míos, que yo de nuevo doy a luz con dolor, hasta que Cristo esté formado en vosotros”* (Gál 4,19).

Llama la atención que la obra creadora de Dios haya tenido como último acto la creación de la mujer (el hombre fue su penúltimo acto creador), casi como diciendo: “ahora está completa mi Imagen en la criatura”. Y la creó con la vocación o misión de ser madre, de ser cuna de la vida, primero en el

corazón y luego en el seno. La mujer es la que forma al hombre, lo educa, lo debe conducir a Dios. Por eso supera al hombre, en el bien como en el mal.

Su origen está en el eterno misterio del Amor de Dios. Si el Padre es el Principio y es suya la Divina Fecundidad, el Hijo es fruto de esa Fecundidad (es el otro Yo del Padre) y el Espíritu Santo es el Divino Realizador de esa Fecundidad, es el Amor, cuya imagen es la Mujer. Y así como Cristo es “el prototipo” del hombre, María lo es de la mujer: el valor de una mujer depende de cuánto se parece a la Stma. Virgen o la imita en cada etapa de su vida.

San Pablo dice (1ª Cor 11,7-12): *“El varón no debe cubrirse la cabeza, ya que es imagen y gloria de Dios; la mujer, en cambio, es la gloria del hombre. Y en efecto, el hombre no procede de la mujer, sino la mujer del hombre; ni el hombre fue creado para la mujer, sino la mujer para el hombre. Por eso la mujer debe cubrirse la cabeza como señal de su dependencia por respeto a los ángeles. Sin embargo, en el Señor, ni la mujer es sin el hombre, ni el hombre es sin la mujer; como de hecho la mujer deriva del hombre, así el hombre viene a la vida por la mujer, y todo viene de Dios.”*

Jesús dijo a Luisa el 30.01.1927: *“Mi Divina Madre, que había de ser Corredentora, no iba a ser diferente de Mí; por eso, las cinco gotas de sangre que me dio de su purísimo Corazón para formar mi pequeña Humanidad salieron de su Corazón crucificado”,* así como del Corazón traspasado (del costado) de Jesús en la Cruz brotó sangre y agua. El texto del Génesis, hablando de la creación de la mujer, dice que Dios la formó de “una costilla” (¡que es un hueso!) o del costado de Adán (depende del traductor, porque es la misma palabra)... El pensamiento sugiere que en realidad Dios tomó de Adán lo suficiente para formar a Eva, cinco gotas de sangre, en la que está toda la información genética. En tal caso, en la Encarnación del Verbo, la Mujer Inmaculada restituyó al Hombre –por así decir– el don de la vida.

- 32 -

“Se levantará nación contra nación y reino contra Reino” (Mc 13,8).

Se escribe así, con mayúscula, “Reino”, porque es el Reino de Dios contra el del pecado, y esa es la verdadera gran guerra mundial que se libra dentro de cada uno de nosotros: entre el amor a la Verdad y el amor al propio “yo”, cuál de los dos preferimos. El amor al propio “yo” se suele disfrazar de muchas cosas: de prudencia, de obediencia, de amor al prójimo... cuando en realidad es miedo, comodidad, intereses varios, en fin, es querer escapar de la Cruz.

Dios ha permitido las consecuencias nefastas del pecado, y las cruces de la vida son verdaderos castigos dictados por su Justicia, que en este mundo nunca va sin la Misericordia; son siempre ocasiones providenciales cuyo fin es dar al hombre la posibilidad de salvarse, si responde a la llamada de Dios.

Uno de los castigos, que el hombre se ha procurado, es la así llamada “pandemia”, instrumento de quienes se creen dueños del mundo, para someter a su voluntad –si pudieran– a toda la humanidad y llevarla a una finalidad

malvada inconfesable. Sin querer entrar en cómo y por qué ha sido hecha la famosa “vacuna”, digo: nuestro cuerpo es obra de Dios, de su infinita Sabiduría, Amor y Providencia, con perfectísimo orden, armonía y belleza, conforme al modelo de la Santísima Humanidad de Jesucristo, Templo vivo del Espíritu Santo y en el que recibimos al Señor, que de este modo quiere compartir con nosotros no sólo su Divinidad y su condición de Hijo de Dios, sino incluso su ADN... Nuestro cuerpo le pertenece a Dios, y en cambio el demonio, por medio de hombres sin Dios y guiados por el que es homicida desde el principio, quiere a toda costa y de todas las maneras profanar y destruir nuestro cuerpo para desmentir a Dios Creador y suplantarlo, para arruinar Su obra maestra para siempre...

No bastaba el pecado original con todas sus consecuencias también sobre la naturaleza, sino que quiere alterarla: ¡pretende crear al hombre artificial y “transgénico”! ¡Una violencia y una blasfemia inaudita! Y eso, mediante la intrusión en el genoma humano de elementos extraños, para hacer del hombre un ser a su antojo y no como Dios lo creó: ¡para ponerse él en lugar de Dios! Este es el verdadero fin de la mal llamada “vacuna”, un fin del que los mismos fabricantes y políticos que quieren imponerla dudo que sean plenamente conscientes. Es guerra de espíritus, antes de ser un proyecto económico y político con la peor intención. Y se combate con las armas del Espíritu: ¡es la última batalla! Que el Señor diga “¡basta!” antes de que esa monstruosidad tenga lugar. Bendiciones a los que aman la Verdad más que a su propia vida.

- 33 -

Entre tantas cosas con que el amor al propio “yo” se disfraza o se esconde, puede ser incluso tras una supuesta obediencia. ¡“Obediencia al Papa”, dicen algunos! El primer Papa, San Pedro, dijo al Sumo Sacerdote Caifás: “*Si sea justo obedecer a vosotros antes que a Dios, juzgadlo vosotros mismos*” (Hch 4,19). Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres, cuando contradicen a Dios. Nunca hay que confundir la autoridad y el magisterio: son dos cosas distintas, que deberían ir de acuerdo, pero muchas veces no es así. “*No tenemos poder (o autoridad) contra la verdad, sino a favor de la verdad*” (2 Cor 13,9). No a todo se debe obediencia, y tenemos el deber de desobedecer a tantas cosas. Y la obediencia no es debida a cualquiera y en cualquier cosa. Dios nos ha dado un tribunal interior, nuestra conciencia, sobre la cual nadie tiene autoridad, sólo Dios. Ser obedientes en las cosas justas es virtud, obedecer a quien tiene autoridad en cosas que entran en su autoridad es un deber, es camino de santidad, pero servirse de la “Voluntad Divina” para imponer la propia voluntad humana es diabólico. Hablar de obediencia es fácil, pero la primera obediencia ha de ser a la Verdad.

Es doloroso ver como tantos ciegos se hacen guías de otros ciegos y se dicen maestros, cuando Uno sólo es el Maestro, Jesucristo. Ninguno de nosotros es dueño de la Verdad, sólo podemos ser sus discípulos y testigos.

Pero como la mayoría de las personas tienen la tendencia a buscar alguien que vaya delante y que dirija y resuelva sus problemas, mientras que ellas se contentan con seguirle, ese “alguien” puede sentir fácilmente la tentación de creerse maestro y guía. *“Hermanos míos, no seáis muchos en pretender ser maestros, sabiendo que serémos juzgados más severamente”* (Santiago 3,1).

Tratándose de conocer y comprender las sacrosantas y maravillosas verdades sobre la Divina Voluntad, el Señor dice: *“Escuchadme y os ruego, hijos míos, que leáis con atención estas páginas que os pongo ante los ojos y sentiréis la necesidad de vivir de mi Voluntad. Yo estaré a vuestro lado cuando leáis, os tocaré la mente, el corazón, para que comprendáis y os decidáis a querer el don de mi Fiat Divino”* (“Llamado del Rey Divino”), introducción a los Escritos de Luisa Piccarreta). El Señor es celoso de ceder su puesto de Maestro a otros. ¡Él puede tener su Vicario, para confirmar a sus hermanos en la Verdad, pero no un sustituto o un sucesor!

- 34 -

“La verdadera Iglesia”, como “el verdadero Magisterio” significan que hay una cierta Iglesia y un cierto Magisterio que no son conformes a la Verdad. Significa que de hecho hay dos Iglesias y dos Magisterios: uno **verdadero** y otro **falso**, por ahora mezclados, como están juntos el trigo y la cizaña en el mismo campo, pero todavía por poco. Este es el drama. La Verdad está por encima de cuantos forman parte de la Iglesia o parecen serlo, como quiera que sea su nivel de autoridad, ya que Autoridad y Magisterio son dos cosas distintas, que no hay que confundir, y que aunque deberían caminar juntas, por desgracia ahora no es así. Sólo Dios ve la conciencia de cada persona, pero nosotros vemos los hechos y tenemos en cuenta las palabras: debemos constatar que tantas de ellas son **falsas**, o sea, contradicen la Verdad.

No debemos abandonar a Jesús (a su Cuerpo Místico) por más que resulte casi irreconocible en su Pasión. *“La niña no está muerta, sino que duerme, y Yo vengo a despertarla”*, dice el Señor. No debemos irnos dando un portazo, debemos esperar más bien la intervención (¡tremenda!) del Señor, esperando como los israelitas el momento en que “**el faraón**” nos eche de su Egipto o Babilonia que sea. *“Ha llegado el momento en que empieza el juicio a partir de la Casa de Dios”* (1ª Pedro 4,17). Puedo compartir tantas cosas ya denunciadas por algunos obispos y sacerdotes, pero no todo, ni tampoco su solución personal al problema. Mientras tanto “*el Señor es mi Pastor, nada me falta*” y de mi conciencia (el tribunale supremo que Dios me ha dado) sólo a El debo responder. Sin embargo, antes o después, al menos nosotros los sacerdotes tendremos que dar una respuesta fuerte y clara y salir a la luz. Con todas las consecuencias, respondiendo al Amor de Dios.

La señal segura de que tenemos a Jesús es si tenemos sólo sus gustos. De su importancia y de lo que tenemos que hacer con ellos nos habla en el volumen 15° de los Escritos de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta (6 de junio 1923):

“Hija mía, la señal de que no haya nada de mal y de que el interior del alma esté todo lleno de Dios, es que nada le haya quedado que no sea todo mío y que en todo lo que pueda pasar dentro y fuera de ella, no sienta ya gusto de nada, que su gusto sea sólo por Mí y mío, y no sólo de las cosas profanas o indiferentes, sino también de cosas santas, de personas pías, de funciones, músicas, etcétera, todo le resulte frío, indiferente y como cosas que no le pertenecen; y el motivo es natural, si el alma está toda llena de Mí, está llena también de mis gustos, mi gusto es suyo, otros gustos no tienen dónde meterse y por eso, por más bellos que sean, al alma no le ofrecen ningún atractivo, para ella están como muertos. Por el contrario, el alma que no es toda mía está vacía y cuando las cosas la rodean, así siente en ella tantos gustos si son cosas que le gustan, y si son cosas que no le agradan, siente disgusto, así que está en un continuo cambio de gustos y disgustos, y como el gusto que no procede de Mí no es duradero, muchas veces los gustos se vuelven disgustos y por eso se notan tantos cambios de humor: una vez demasiado triste, otra demasiado alegre, unaa veces irritable, otras veces tan afable: es el vacío de Mí que tiene en el alma, que le da tantos distintos humores, nada parecidos al mío, que soy siempre igual y nunca cambio (...) El gusto tiene este poder: si es gusto mío, transforma en Mí; si es gusto natural, la sumerge en cosas humanas; si es gusto de pasiones, la arroja en la corriente del mal. El gusto parece que no tenga importancia, pero no es así, es el acto primero del bien o del mal.”

Los gustos de los que habla Jesús son de tipo espiritual, no material, como es en la boca sentir el “gusto” de lo que se come. En sentido espiritual es sentir agrado por alguna cosa o criatura, dejándose llevar o dominar por ese gusto, del cual Dios queda excluido, como si ese placer no lo hubiese puesto El. Es separar a Dios de sus criaturas y poner esas criaturas en el lugar de Dios. Si las cosas creadas no nos llevan a Dios (y eso depende de nosotros), nos alejan de El y nos llevan a nosotros mismos.

En este otro capítulo del vol. 11° (28.02.1912) dice:

“Hija mía, si el alma está toda llena de Mí hasta el borde, hasta desbordarse, o sea, no piensa, ni busca, ni habla, ni ama más que a Mí sólo, y todo lo demás parece que para ella no exista, más aún, todo lo demás la aburre, le molesta y en todo caso cede la hez y el último puesto a lo que no es Dios, como el último pensamiento, una palabra, un acto por algo necesario de la vida natural..., eso no es sino dar el deshecho a la naturaleza, eso lo hacen los santos, lo hice también Yo conmigo, con los Apóstoles, dando disposiciones sobre donde pasar la noche o qué cosa

comer. Así que darle todo eso a la naturaleza no daña al amor ni a la santidad verdadera y es señal de que me ama a Mí sólo. Mientras que si el alma está dividida entre varias cosas –ahora piensa en Mí, luego a otra cosa; una vez habla de Mí y luego largamente habla de otra cosa, y así de todo lo demás– es señal de que no me ama a Mí sólo y Yo no estoy contento. Si ni siquiera un último pensamiento, una última palabra, un último acto no es sólo para Mí, significa que no me ama, y si alguna cosa me da, no es más que un miserable resto lo que me da. Y sin embargo, eso es lo que hace la mayor parte de las criaturas.”

- 36 -

El mundo ahora vive de tecnología. La vida sin ella parece inimaginable. Y no pensemos sólo en computadoras o medios de transporte, en el concentrado sofisticadísimo de tecnología de un aparato; basta pensar en la “más sencilla”, como la que sirve para fabricar una tela o una aguja de coser, o para hacer una cerradura o una bombilla, para hacer un fósforo o millones de cosas más...

Parecería que nuestra vida dependa de todo eso. Toda esa tecnología nace de la mente, de los ojos, de las manos, de la voluntad de los hombres..., pero lo esencial es: ¿cuál es la finalidad? ¿Para qué sirve? ¿Adónde nos lleva todo eso? En definitiva: ¿hacia Dios o hacia el propio “yo”? O sea, ¿a la vida o a la muerte? ¿Al bien y a la felicidad o al mal y a la desesperación? “¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si luego pierde su alma? ¿Y qué puede dar el hombre a cambio de su alma?” (Mc 8,36-37)

El demonio, padre de la mentira, se aprovecha de la debilidad del hombre y le presenta toda esa tecnología, diciéndole: “*Todo esto te daré, si te postras y me adoras*” (Mt 4,9). Le hace ver, como a Eva, una bondad, verdad y belleza deseable en todas estas cosas: “*Entonces la mujer vio que el árbol era bueno para comer, bello a los ojos y deseable para adquirir sabiduría*” (Gén 3,6). ¡Bondad, verdad y belleza que no tienen que ver con Dios! Mientras que Dios ha puesto su triple firma en cada cosa hecha por Él: orden, armonía y belleza, “*número, peso y medida*” (Sab 11,20).

Sí, porque también Dios tiene su infinita y maravillosa “tecnología” en todo lo creado por Él, frente a la cual es nada la de los hombres, los cuales no se dan cuenta ni remotamente que su mente, sus ojos, sus manos, su voluntad no funcionarían y ni siquiera existirían si en todo momento Dios no quisiera. En su variada tecnología está presente la Voluntad de Dios con su Providencia, Sabiduría y Amor de Padre; todo depende absolutamente de él “*y sin él nada se ha hecho de todo lo que existe*” (Jn 1,3), todo es un don de su Bondad, cuyo fin es llamar al hombre a obrar y vivir en comunión con Él, todo es don suyo, no es derecho nuestro (¡no existen “derechos humanos”!) sino nuestro deber de reconocimiento y gratitud... “*En su poder estamos nosotros y nuestras palabras, toda inteligencia y toda habilidad nuestra*” (Sab 7,16).

¡Qué injusticia, qué dolor es no tener en cuenta a Dios en cada cosa que hacemos! ¡Qué deber de gratitud tenemos, por cada pensamiento, latido y respiro, por cada instante que Él nos concede! ¡El amor se paga con amor! Así su “tecnología” merece ser reconocida y contemplada en todas sus obras, y no acabaremos en toda la eternidad de admirar y alabar su Sabiduría y de comprender el particular mensaje de su Amor para nosotros en cada cosa.

- 37 -

Dios no ha creado todo lo que existe “al por mayor” sino “en detalle”. Cada cosa es una obra maestra de su Voluntad, ha hecho todo con número, peso y medida (Sab 11,20) y ningún ser creado es casual, cada uno tiene su motivo de existir, su finalidad, no es un número más en el catálogo de la Creación. Cada cosa contiene un mensaje de Dios al hombre, pero espera poder darle a Dios la respuesta del destinatario, que es el hombre, y cada cosa que existe, mientras no se comprenda su mensaje y no pueda dar nuestra respuesta a Dios, se siente inútil, no tiene razón de existir.

Por lo cual *“la Creación espera con impaciencia la revelación de los hijos de Dios; pues ha sido sometida a la caducidad no por haber querido, sino por la voluntad de aquel que la ha sometido, y nutre la esperanza de poder ser liberada de la esclavitud de la corrupción, para participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Pues sabemos que toda la Creación gime y sufre hasta hoy con dolores de parto; y no sólo ella, sino también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu”* (Rom 8,19-23). *“Lo que se puede conocer de Dios es manifiesto entre ellos, pues Dios mismo se lo ha manifestado, porque desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y divinidad, se conoce mediante las criaturas”* (Rom 1,19-20).

Por eso, Jesús le dice a Luisa, “la pequeña hija de su Voluntad”:

“Hija mía, quien hace mi Voluntad y vive en Ella forma en su alma el libro del «Fiat» Divino, pero ese libro debe estar lleno, no vacío o con sólo alguna página escrita. Si no está lleno, enseguida terminará de leerlo y, no teniendo que más leer, se ocupará de otra cosa y por tanto la vida de mi Divina Voluntad quedará interrumpida y como dividida en la criatura. En cambio, si está lleno, siempre tendrá cosas que leer, y si parece que acaba, Yo añadiré otras páginas más sublimes, para que nunca le falte la vida, el conocimiento siempre nuevo y el alimento sustancioso de mi Querer Divino.

Así que el interior debe ser como de muchas páginas para formar ese libro; página la inteligencia, página la voluntad y la memoria, página el deseo, el afecto, el palpar, página la palabra que debe saber decir lo que ha leído, de lo contrario quedará como un libro que no hará el bien a nadie, mientras que el primer fin de quien hace un libro es propagarlo. Por eso todo el interior ha de estar escrito con páginas de mi Divina Voluntad y este libro debe estar tan lleno que no se pueda encontrar otra cosa que leer sino sólo mi Voluntad.

*Ahora bien, cuando el alma tiene lleno su libro interno, conocerá muy bien el libro externo de la Divina Voluntad: **toda la Creación no es más que un libro de Ella**, cada cosa creada es una página que forma un libro grandísimo y de muchos volúmenes. Y así, habiendo formado su libro interno y habiéndolo leído a base de bien, sabrá leer muy bien el libro externo de toda la Creación y en todas las cosas encontrará mi Divina Voluntad, en acto de darle su vida, sus más altas y sublimes lecciones y su alimento exquisito y santo. A quien ha formado en su interior este libro del «**Fiat**» divino y lo ha leído muy bien, le sucederá como a quien tiene un libro, lo ha leído y releído, ha estudiado bien las cosas más difíciles, ha aclarado todas las dificultades y los puntos más oscuros, de modo que ha consumido su vida en ese libro: si alguien le trae otro libro similar, sabrá leerlo con toda certeza y lo reconocerá como su libro. A mayor razón que mi Voluntad Divina ha metido a la criatura en su cerco santísimo y ha puesto en el fondo del alma el libro de su «**Fiat**», y en la Creación ha repetido su libro divino, de forma que uno es eco del otro y se entienden admirablemente. Por eso es necesario reconocer el libro del divino «**Fiat**» en el fondo del alma, leerlo a base de bien para hacerlo vida perenne, y así poder leer fácilmente las bellas páginas y el gran libro de mi Voluntad de toda la Creación” (Vol. 29°, 06.07.1931)*

- 38 -

La Voluntad Divina está presente en todo lo que existe. Está presente sólo por amor, esperando con los brazos abiertos a cada hijo suyo para hablarnos de Sí y darnos su Vida. Pero se ve ignorada y el hombre se vale de los medios que su Providencia le ofrece para hacer el mal y ofender al Creador. El hombre tiende a hacerse dios de sí mismo, mediante su tecnología, y creyendo poseer resulta poseído.

Llegan momentos en que el Señor dispone que no tengamos internet y que no podamos comunicarnos entre nosotros con los medios habituales de la tecnología humana, que han entrado en nuestra vida como algo indispensable y sin los cuales todo se paraliza y se detiene. Somos esclavos de todos esos medios, que han llegado a sustituir a Dios en la mente, en el corazón y en la vida concreta de todos. Y entre tanto la humanidad se hunde cada vez más en la oscuridad y la desesperación. Dios no quiere que las almas se pierdan y quiere detener esta locura. Llegará el momento en que nos quitará todos esos medios, todos esos ídolos, y desaparecerán todos esos puentes que habrían debido servir sólo para unirnos entre nosotros en el bien. Hará un profundo silencio fuera de nosotros y a continuación dentro de nosotros para que finalmente podamos oír en la conciencia su Voz. Y dirá con hechos: “¡*Quieto todo! ¡Quietos todos! ¿Adónde estáis yendo!*?” Es lo que pasará con el Aviso que Dios dará, como anunció proféticamente la Stma. Virgen en varias apariciones, poniendo a cada ser humano ante su propia conciencia.

El hombre se deja absorber, no sólo por la tecnología, sino por tantas otras cosas que le sustituyen la Providencia de Dios, su guía, cosas que prometen resolver los problemas y dar protección, asistencia, “paz y seguridad”.

Por ejemplo, la política, en la que todos pueden participar, es otro campo en el que se concentran todas las esperanzas, los esfuerzos y los deseos de ser más, de poder, tener y gozar. Y ahí vienen las elecciones, con los partidos y los representantes de la gente, que desea que alguien vaya por delante y le resuelva los problemas, quitando toda dificultad.

El 1° libro de Samuel, cap. 8, dice que “todos los ancianos de Israel fueron a Rama y dijeron a Samuel: *«Tú ya eres viejo y tus hijos no siguen tu ejemplo. Ahora nombra un rey que nos gobierne, como es en todos los pueblos»*. A los ojos de Samuel era una mala petición porque habían dicho: *«Dáenos un rey que nos gobierne»*. Así Samuel consultó al Señor. El Señor le respondió: *«Escucha la voz del pueblo en lo que te ha pedido, porque no es a tí a quien han rechazado, sino a Mí, para que Yo no reine sobre ellos. Como se han comportado desde el día en que les hice salir de Egipto hasta hoy, que me han abandonando a Mí por seguir a otros dioses, así quieren hacer contigo. Dáles lo que piden, pero díles claramente las pretensiones del rey que reinará sobre ellos»*” Y Dios le explicó lo que habría pasado, como diciendo: “y luego, ¡que no me vengan llorando!”

“Cada hombre, un voto”; pero no es competir con armas iguales, ya que cada uno es diferente como cultura, como capacidad, como deseos. Hay quien es astuto y quien es ingenuo, quien está lleno de iniciativa y quien es apático o ignorante, uno va en buena fe y el otro no.

Hay quien dice por ejemplo: *“Yo, si no tengo más remedio, doy mi voto “cristiano” al partido que sólo en determinadas circunstancias admite el aborto (o sea, “el mal menor”), para no dar ventaja al que quiere legalizarlo sin límites, aunque el aborto sea siempre un mal que nunca puedo aprobar”*: ¡pero eso es un sofisma! El fin (que en este caso sería bueno) no justifica un medio, que en este caso sería sólo un poco menos malo. El verdadero cómplice del mal no es el que abstiene de votar (o sea, de usar un medio que es un mal menor), sino el que lo usa, el que vota, a menos que el voto no fuera en favor del que se opone a toda forma de mal. Pero eso es una posibilidad más que remota. Por tanto, el problema no es tanto por “quien” votar: es el hecho de votar, tomando parte así en este “juego” organizado por otros –la mayor parte– a quienes no interesa la verdad ni la justicia sino sólo vencer, como demuestran abundantemente.

El punto de referencia esencial en nuestra vida y en todo lo que hacemos es: ¿por qué lo hago? ¿Cuál es *mi* finalidad? ¿Y luego? ¿Para qué sirve, en relación con el verdadero Fin objetivo que conozco por Fe? Cuántas veces el

Señor ha de decir: *“Marta, Marta, tú te preocupas y te afanas por muchas cosas. Una sola es necesaria.”*

- 40 -

Nuestro conocimiento debe partir de comprender bien que nuestro existir no depende absolutamente de nosotros ni de otras criaturas, que la vida no nos la damos nosotros mismos; debemos comprender que no existe “la casualidad” y que cada criatura y cada cosa que existe tiene una tarea y una finalidad que se encuadran en un Proyecto único, inmenso, como tantos innumerables componentes de un mecanismo que funciona hacia un fin sublime (“uni-verso”). Que todas las cosas creadas se comportan conforme a su naturaleza programada por el Creador mediante leyes y también diferentes instintos, pero que no tienen historia al no tener libre albedrío. Solamente el hombre, dotado de libre albedrío, tiene la posibilidad de obrar conforme a la Voluntad de Dios o en desacuerdo con Ella, y en ese caso crea graves desórdenes dolorosos en el mecanismo de la Creación.

Debemos comprender que todo lo nuestro (lo que somos, lo que tenemos y lo que hacemos) está conectado con Jesucristo nuestro Señor, lo afecta, lo siente como suyo, y de la misma forma, todo lo que es suyo (lo que El es, lo que le pertenece y todo lo que hace) tiene que ver con nosotros. Que El, en el acto de su Encarnación, nos ha creado y se ha hecho cargo de todo de cada uno de nosotros, se ha revestido de nosotros; por eso ahora quiere que hagamos nuestro todo lo que es suyo y que nos revistamos de El (para eso es el “fundirnos en Jesús”). Que seamos para El, con El y en El, como El es todo para nosotros, está siempre con nosotros y quiere vivir en nosotros.

“Dios ha hecho todo con número, peso y medida” (Sabiduría 11,20), incalculable a mente humana. Y ninguna cosa creada es casual y carece de un fin. Y puesto que *“todo es vuestro, pero vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios”* (1ª Cor 3,21-23), todas las finalidades están subordinadas a la gran Finalidad: que el hombre, que viene de Dios, vuelva a Dios y haga que cada cosa vuelva a Dios. Por eso, cada cosa que El ha creado es un testigo suyo, un mensaje suyo, un signo de su presencia y un don de su Amor. Si tantas cosas pueden hacernos daño, no es culpa de las cosas que Dios ha creado buenas y ordenadas, sino culpa del hombre, de su pecado que las ha desordenado, y así la Creación se rebela contra el hombre que se rebela a Dios.

Todo lo que ha salido de Dios debe volver a Dios y eso por medio nuestro, destinatarios de todo: todo viene de Dios como don de su amor al hombre, y el hombre debe hacer que vuelva a Dios como respuesta de su amor. Cada cosa creada es como un puente que Dios ha tendido hacia mí, por el cual me envía su Providencia, sus Noticias y su Amor, y yo debo corresponderle con mi fidelidad y gratitud, con mi adoración y mi amor. Ese es el motivo de existir de cada cosa hecha por Dios, de toda la obra de la Creación.

¿Qué cosa es un milímetro? ¿Qué cosa es un segundo? Cosas a las que a primera vista no damos importancia, son insignificantes; y sin embargo un milímetro o bien un segundo pueden ser una diferencia decisiva, pueden significar la vida o la muerte. Por eso, en cada cosa está presente la Voluntad de Dios, palpitante de amor por mí, que espera el encuentro de amor con la mía, espera mi respuesta. Si los Sacramentos de la Redención son siete, los de la Creación son innumerables y el fin de todos es servir para que hagamos comunión con Dios, para que el hombre vuelva a Dios.

- 41 -

El niño pequeño que en cada instante su mamá lo lleva en brazos, tanto si está despierto como si duerme, está siempre en brazos. Podría bajar si quisiera (depende de la voluntad, no ya de la atención). La diferencia está en que, si está despierto, puede tomar parte en lo que hace su madre, lo comparte; pero si duerme no se da cuenta y son ocasiones que no aprovecha, aunque está siempre con ella, en sus brazos.

Por nuestra parte no podemos intervenir más que con el saber (siempre limitado, aunque ha de ser creciente) y el querer, deseos y disponibilidad... y tener la paciencia del tiempo, dispuesto con infinita Sabiduría por el Señor. Nosotros quisieramos todo enseguida, mientras que cada momento es un escalón que nos va acercando a Dios. Pensemos: ¿cuántos años tenemos? ¿Cuántas son las horas de la vida? ¿Cuántos minutos? ¿Cuántos segundos? Y cada respiro, cada latido, cada pensamiento, cada movimiento, etc. etc. son otros tantos actos de Amor de Dios, en los que ha puesto todo su Ser y su Vida, que de esa forma se nos da, esperando la pequeñísima respuesta de nuestro amor... ¿Pero cómo debemos darla? El lo sabe muy bien y por eso, en espera de que crezcamos (crecimiento que nos parece muy lento o inexistente) nos toma en brazos y nos levanta hasta su mejilla, como dice en Oseas, 11,4. Y nos dice: “Yo estoy en tí y tú estás en Mí: ¿cuál es el problema?”

- 42 -

Debemos comprender **la diferencia entre estar en Gracia y vivir en la Divina Voluntad** (que supone la Gracia, es lógico).

Pensemos en una estatua de sal, que representa al hombre: ¿cuánta agua puede absorber sin perder su forma, sin deshacerse? Supongamos, 5 litros. Pero un día el Señor hace que la estatua descubra el mar y se acerque a él. “¿Sabes quién soy?”, le dice el mar. “Soy tu padre, la sal con que estás hecha ha salido de mí, te la he dado yo. Míra cuánta agua tengo, cuánta agua soy yo. ¿Quieres entrar en mí?” Si la estatua acepta, llega una pequeña ola, un poco más fuerte, y se lleva a la estatua dentro del agua, en la orilla. La estatua podría salir del agua y seguir siendo como antes, pero si persevera y permanece, el agua que la envuelve poco a poco la va deshaciendo de modo

que pierde la propia forma y recibe la forma misma del mar, y entonces empieza a conocer tantas cosas que hay en el mar (que nunca se acaban), a reconocerlas como suyas y a hacer todo lo que hace el mar. El agua representa la Vida divina, que se nos da por pura Gracia; el mar es la Divina Voluntad.

Sólo así la criatura puede decir como Jesús y El puede decirle a la criatura lo que El dijo al Padre: *“Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío”*. ¡Y aquí viene el vértigo, porque “todo” significa “todo”! Y Jesús quiere que todo lo que El nos da lo reconozcamos y lo poseamos como nuestro, que lo amemos y lo cuidemos como El y con El. ¡Eso es **vivir y reinar en la Divina Voluntad!**

- 43 -

El Evangelio habla de los que tienen el corazón endurecido y de los que son puros de corazón. El corazón debería ser el lugar del encuentro con Dios, el lugar del encuentro con su Amor. Por eso Dios prometió: *“Os daré un corazón nuevo, pondré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vosotros el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Pondré mi Espíritu dentro de vosotros, os haré que viváis según mis deseos y os haré observar y poner en práctica mis leyes.”* (Ez 36,26-27)

Imaginemos entonces un papá que tiene un hijito, un niño que ha nacido con el corazoncito dañado (y eso representa el pecado original), por lo cual no podría vivir. Pero su papá, perfectamente sano, que es también un excelente médico, interviene con una operación: se abre el costado (y es lo que hizo Jesús en la Cruz) y de su corazón paterno conecta una vena, una arteria al corazón del hijo, que de esa forma puede vivir gracias al corazón de su padre. Esa conexión representa *la Gracia*. El pecado venial hiere esa conexión, el pecado mortal la interrumpe... Pero con el tiempo, el niño crece y llega un momento en que ese papá le dice al chico: hijo mío, me alegra que tú estés vivo, que vivas unido a mí, pero no te veo fuerte, ni seguro, ni feliz como yo; si tú me lo permites, te propongo otra intervención: quisiera conectar todo mi ser al tuyo, mis ojos a tus ojos, mi boca a la tuya, mi mente a tu mente, mis manos a tus manos, incluso mi respiración a la tuya, de forma que *yo viva en tí y tú vivas por medio mío y todo lo mío será tuyo, tendremos todo en común, un solo corazón, una sola vida... No haré nada sin ti, ni tú sin mí.*

Es lo que nos dice el Señor, con palabras de san Pablo: *“ya no soy yo el que vive, sino es Cristo el que vive en mí”* (Gál 2,20), como el alma que da vida al cuerpo, y como el Padre Divino, mirando al Hijo, el Verbo Encarnado, en El nos ha visto a nosotros, así ahora, mirándonos a cada uno de nosotros quiere ver a su Hijo.

- 44 -

En el Evangelio leemos tantas veces un milagro repetido y que nos pasa inobservado: el Señor habló tantas veces a las multitudes que lo seguían, como en el “sermón de la montaña” o como cuando multiplicó cinco panes y

dos peces para cinco mil hombres. ¿Pero cómo habrá hecho para que toda aquella gente le oyera, sin un micrófono ni altavoces...?

En realidad in embargo tenía un micrófono y una inmensa instalación, su Voluntad, con la que su palabra llegaba a todos, hasta los extremos confines de la tierra y también del Cielo. Un micrófono que ahora nos ofrece a nosotros.

Un día, en una iglesia, un niño de cuatro años se acercó al atril, se levantó de puntillas hasta el micrófono y lanzó un grito, que resonó amplificado y potente en toda la iglesia. Su vocecita se había vuelto la de un gigante.

De igual manera el Señor nos ofrece ahora el micrófono de su Voluntad y nos invita a decirle algo, por ejemplo *“Jesús, te amo”*, simples palabras que así resuenan por todas partes: en el Cielo y en el Purgatorio, en toda la tierra y en todas las cosas, en cada criatura y, con una sencilla intención, de parte de cada una. La voz es la nuestra, pero el tono, la potencia, el alcance y la eficacia es la Suya. Para eso sirve el don que ahora nos descubre y nos ofrece. Y ya antes, en su última cena, dijo al Padre lo que ahora desea decir a cada uno de nosotros: *“Todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío”* (Jn 17,10).

Un don que sólo se le podía ocurrir a su Amor. Como aquella vez que, estando yo al borde de la carretera con mi vieja bicicleta, Jesús pasó con su coche magnífico, último modelo, y me dijo amablemente: *“ven y sígueme”* –“Pero, Señor, ¿cómo puedo seguirte con esta bicicleta que se cae a pedazos?” –“Si me das tu bicicleta, Yo te doy mi *“Ferrari”* –“¿Bromeas? ¿Te ríes de mí?” –“Yo no sé engañar ni burlarme de nadie. Hablo en serio. He pasado aposta por esta carretera para encontrarte. Así que ¿aceptas el cambio?” –“Eh, Señor, es estupendo, pero...” –“Ningún pero. O me crees o no me crees” –“¿Pero Tú qué ganas?” –“Gano un amigo” –“¿Y qué debo hacer?” –“Mete la bicicleta en el maletero y súbete aquí conmigo. Desde este momento tu bicicleta es también mía y mi coche es también tuyo” –“Pero yo no sé guiar ni manejar, es como si no tuviera nada” –“No te preocupes: tú mira como lo hago Yo y poco a poco aprenderás. Y llegará el momento en que me podré fiar de ti y te haré que manejes como manejo Yo”.

¿Pero cómo podemos empezar? Como un niño que por la mañana va a su papá, el cual lo está esperando con tanto amor, le da un beso y le hace sentarse sobre una rodilla. Entonces abre un Libro suyo bellísimo, el Libro de la Vida, y dice: *“Veamos hoy que cosa hay...”* El niño toma su cuadernito en el que ha de copiar el tema de hoy, pero dice: “Papá, yo no sé hacerlo, ¡ayúdame!” Entonces el papá le dice: *“Dame la manita”*. Y así, con la mano del niño en la suya, el papá escribe todo en un momento. “Papá, ¿qué bonito lo que has escrito!” –“No, hijo mío: lo que hemos escrito, porque si tú no me hubieras dado la manita, no habría escrito nada”. *“Si tú me lo permites, Yo quiero ser en ti Actor y Espectador al mismo tiempo”*, el Señor nos dice.

Las convicciones “profundas y operativas” son las que tenemos no sólo en la inteligencia, sino en lo profundo de la conciencia y que dirigen nuestra vida. La primera, que es la base de todo, nos la presenta el Señor en el 2º volumen del “Libro de Cielo”, de Luisa Piccarreta (el 28.10.1899): “¿Quién soy Yo y quién eres tú? ¿Cuál es mi Amor a tí y dónde está tu amor a Mí?” Por consiguiente, en cada momento, nuestra vida depende totalmente de Dios, que nos da todo lo que nos hace falta (no existe “la casualidad”), y como Jesús ha dicho, sin El no podemos hacer nada. Tercera convicción: el hombre viene de Dios y debe volver a Dios; todo lo que ha salido de Dios, de su Amor, debe volver a El como respuesta nuestra de amor. Y eso es debido a que la criatura es un complejo de amor y sólo por amor se mueve: esa es la cuarta convicción, como dice Jesús, “Mendigo de amor”, en el volumen 11º (el 26.02.1912). Y entonces tiene razón San Agustín cuando dice “*ama y haz lo que quieras*”, porque si la intención y la atención están fijas en el Señor, no serás capaz de decirle nunca que no, sino que vivirás con El en un estado de “**Comunión profunda y operativa**”.

Dios refleja el misterio de la Stma. Trinidad en todo lo que hace:

- *En el Verbo Encarnado*: en su vida histórica, eucarística y mística, porque Él es el Verbo Encarnado, Muerto y Resucitado.

- *En sus obras*: la Creación, la Redención y la Santificación; su bondad, su verdad y su belleza; número, peso y tamaño; orden, armonía y belleza; el espacio, el tiempo y la eternidad creada. *En el espacio*: largo, ancho, alto; *en el tiempo*: pasado, presente, futuro. *En el sol*: fuego, luz y calor.

- *En la Creación*: el cielo, la tierra y el mar. *En los números*, la combinación de los dos primeros da el tercero; el polígono más simple es el triángulo. Los tres colores de base (rojo, amarillo, azul) que, combinados, dan todos los demás.

- *En el hombre*: espíritu, alma y cuerpo (1 Tes 5,23). Entendimiento, memoria y voluntad. *En el tiempo de la vida*: niño, adulto, anciano; hijo (que recibe la vida), esposo o hermano (la comparte), padre o madre (la da).

“*El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz de cada día y me siga*” (Lc 9,23). “Tome su cruz cada día”: ¿quién sabe qué cara habrán puesto los que escuchaban a Jesús! Todos sabían lo que era la cruz, el instrumento más cruel e infame con el que los romanos ajusticiaban a los condenados. ¿Qué habrán pensado? ¿Qué pensamos nosotros? Nosotros pensamos a cuánto habrá sufrido Jesús en la Pasión, y por extensión pensamos a todo lo que es una situación dolorosa... ¿Pero cómo la entiende El? Y luego,

eso de “tomarla cada día”. Jesús la ha tomado desde el primer día, desde la Encarnación. Es verdad, desde entonces empezó su Pasión, la Redención. Por eso, la cruz no es sólo una cosa hecha con dos maderos... ¿Cómo se explica?

Sí, la cruz está formada por dos maderos contrapuestos, atravesados. La mente va a aquellos dos misteriosos árboles que estaban en el centro del paraíso terrenal, “*el árbol de la vida*” y “*el árbol del conocimiento del bien y del mal*”, del cual el hombre no debía comer. El primero representa la Voluntad de Dios y el segundo la voluntad del hombre. Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, tiene una Voluntad Divina (la Voluntad del Padre) y una voluntad humana, perfectamente unidas, identificadas en un solo Querer Divino-humano. Si desde el primer momento de su vida ha sufrido la Pasión es porque nos llevaba en El a todos, a toda la humanidad y con ella todos los pecados del mundo. Encontró por tanto contrapuestas las dos voluntades, en forma de cruz y de recíproco dolor. Pero para El, la Cruz en la que desde su Encarnación se ha extendido y ha vivido son los brazos del Padre, infinitamente bueno y amado. Esa es la Cruz que no da muerte sino Vida, que no debemos llevar nosotros, arrastrándola, sino dejarnos llevar en brazos por Ella, que nos vacía de nosotros mismos y nos llena de El.

- 48 -

Mi sufrimiento es llavecita de oro: pequeña, sí, pero me abre un gran tesoro.

Es cruz mía, pero es cruz del Señor: cuando la abrazo siento sólo su Amor. No he contado los días del dolor, pero Jesús los tiene escritos en su Corazón.

Vivo momento por momento y el día pasa como si fuese una hora todavía. Estoy seguro de que desde el más allá toda la vida como un instante se verá.

Otras dos lágrimas aún de amargo llanto y en el Cielo después eterno canto. Pasa la vida, víspera de fiesta: muere la muerte, el Paraíso nos espera.

Ya en la tierra, en la Divina Voluntad, y en el Cielo por toda la eternidad.

- 49 -

La oración de Jesús, la oración de la Iglesia, nuestra oración.

«*En aquellos días, Jesús se retiró al monte a orar y pasó la noche en oración. Cuando fue de día, llamó a El a sus discípulos y eligió a doce, a quienes dio el nombre de apóstoles: Simón, al que llamó también Pedro, Andrés su hermano, Santiago, Juan, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago de Alfeo, Simón apodado Celador, Judas [hermano] de Santiago y Judas Iscariote, que fue el traidor*» (Lucas 6,12-19).

Meditación de Santa Teresa Benedicta de la Cruz [Edith Stein]:

«Jesús se retiró al monte a orar. Cada alma humana es un templo de Dios: por eso nos abre una perspectiva grande y realmente nueva. La vida de oración de Jesús es la clave para comprender la oración de la Iglesia. Vemos que Cristo ha participado al servicio divino, a la liturgia de su pueblo; ha llevado la liturgia de la antigua alianza a su cumplimiento en la de la nueva

alianza. Sin embargo, Jesús no ha participado simplemente al culto divino público establecido por la Ley. Los evangelios aluden tantas veces a su oración solitaria en el silencio de la noche, en las alturas salvajes de los montes, en lugares desiertos. Cuarenta días y cuarenta noches de oración precedieron la vida pública de Jesús (Mt 4,1-2). Se retiró en la soledad del monte a orar, antes de elegir a los doce apóstoles y enviarlos a la misión. En la hora del monte de los Olivos se preparó para ir al Calvario. El grito que ha dirigido al Padre en la hora más penosa de su vida se nos revela en algunas breves palabras que brillan como estrellas también en nuestras horas en el monte de los Olivos: “*¡Padre, si quieres, aleja de Mí este cáliz! Pero no se haga mi voluntad, sino la Tuya*” (Lc 22,42). Son como un relámpago que nos ilumina en un instante la vida más íntima del alma de Jesús, el misterio insondable de su ser hombre-Dios y de su diálogo con el Padre. Ese diálogo ha durado ciertamente toda su vida, sin interrumpirse jamás.»

En la audiencia general del 15 de marzo 2006, Benedicto XVI dijo:

«Sobre la historicidad de esta llamada no hay dudas, no sólo por la antigüedad y la cantidad de testimonios, sino también por el simple motivo de que aparece el nombre de Judas, el apóstol traidor, no obstante las dificultades que esa presencia podía crear a la naciente comunidad. El número Doce, que hace evidente referencia a las doce tribus de Israel, ya revela el significado de la acción profético-simbólica implícito en la iniciativa de fundar de nuevo el pueblo santo. Pasado ya el tiempo del sistema de las doce tribus, la esperanza de Israel esperaba su reconstitución como signo de la venida del tiempo escatológico (pensemos a la conclusión del libro de Ezequiel: 37,15-19; 39, 23-29; 40-48). Eligiendo a los Doce, llamándolos a una comunión de vida con El y haciéndolos partícipes de su misión de anunciar el Reino con palabras y obras (cfr Mc 6,7-13; Mt 10,5-8; Lc 9,1-6; Lc 6,13), Jesús quiere decir que ha llegado el tiempo definitivo en que se constituye de nuevo el pueblo de Dios, el pueblo de las doce tribus, que ahora es un pueblo universal, su Iglesia. Con su misma existencia los Doce, llamados de procedencias diferentes, son una llamada a todo Israel a que se convierta y se deje recoger en la alianza nueva, pleno y perfecto cumplimiento de la antigua.»

Y en la del 30 de noviembre 2011 dijo:

«Contemplando la oración de Jesús, en nosotros debe surgir una pregunta: ¿cómo es mi oración? ¿Cómo oramos nosotros? ¿Qué tiempo dedico a mi relación con Dios? ¿Se hace hoy una suficiente educación y formación a la oración? ¿Y quién puede hacer de maestro de ella? Escuchar, meditar, callar ante el Señor que habla es un arte que se aprende practicándolo con constancia. Sin duda la oración es un don, que requiere, sin embargo, ser acogido; es obra de Dios, pero exige empeño y continuidad por nuestra parte;

sobre todo, la continuidad y la constancia son importantes. Precisamente la experiencia ejemplar de Jesús nos muestra que su oración, animada por la paternidad de Dios y por la comunión del Espíritu Santo, se ha profundizado en un prolongado y fiel ejercicio, hasta el huerto de los Olivos y la Cruz. Hoy día los cristianos son llamados a ser testigos de oración, precisamente porque nuestro mundo está a menudo cerrado al horizonte divino y a la esperanza que lleva consigo el encuentro con Dios. En la amistad profunda con Jesús y viviendo en El y con El la relación filial con el Padre, a través de nuestra oración fiel y constante, podemos abrir ventanas hacia el Cielo de Dios. Es más, recorriendo el camino de la oración, sin miramiento humano, podemos ayudar a otros a recorrerla: también para la oración cristiana es verdad que, caminando, se abren caminos.»

- 50 -

Jesús, así como Tú te has revestido de mí y de todos al encarnarte, así ahora revísteme de Tí y contigo preséntame al Padre para que me reconozca. Perdóname, purifícame, reordéname, santifícame, sustitúyeme, lléname de Ti, transfórmame, transustánciame, conságrame, divinízame, úneme a Ti.

¡Jesús, Te amo! Ven, Divina Voluntad, y toma posesión

de mi ser, de mi persona, de mi vida;

de todo lo que soy, de todo lo que tengo, de todo lo que hago;

de mi espíritu, de mi alma, de mi cuerpo;

de mis facultades, de mis sentidos, de mis miembros;

de mi voluntad, de mi inteligencia, de mi memoria;

de mi mente, de mi corazón, de mi respiro;

de mis pensamientos, de mis palabras, de mis obras;

de mis ojos, de mis oídos, de mi voz;

de mis movimientos, de mis acciones, de mis pasos;

de mi trabajo, de mi cansancio, de mi descanso;

de mis sentimientos, de mis penas, de mis alegrías;

de mis recuerdos, de mis estados de ánimo, de mis deseos;

de mi pasado, de mi presente, de mi futuro;

de mi oración, de la S. Misa, de los Sacramentos que recibo (o que doy);

de mi vida entera, de mi muerte (mi Pascua) y de mi eternidad,

para convertir todo en *alabanza* perfecta y universal de tu Gloria,

en *vida* de tu Vida, en *triumfo* de tu Querer.

Hoy haré todo por Tí, contigo y en Tí. Que cada instante de mi vida sea en mí tu Vida, tu Muerte y tu Resurrección.

Cúbreme con el manto de tu Vida, de tu Dolor y de tu Amor,

para que yo Te adore en tu Verdad,

Te abrace en tu Inmensidad,

Te posea en tu Omnipotencia.

Te glorifique con tu misma Gloria,
Te alabe con tu Sabiduría,
Te bendiga con la misma voz del Padre.
Te dé las gracias con tu Justicia,
Te repare con tus mismos méritos,
Te ame con tu mismo eterno Amor.

En cada instante quiero llenar toda la Creación con mi Amor que *Te alaba* y *Te da las gracias*, toda tu vida de Redentor con mi Amor que *Te adora* y *Te bendice*, toda la obra de la Santificación con mi Amor que *Te ama* y que en nombre de todos *Te pide el triunfo de tu Reino*.

- 51 -

Profesión de Fe

¡Oh Jesús, Señor mío y Dios mío! Te adoro, verdadero Dios y verdadero Hombre, que te das a nosotros en el Stmo. Sacramento con tu Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad, de la que surge la obra de *la Creación*, la obra de *la Redención* y la obra de *la Santificación* para el triunfo de tu Reino.

Toda la obra de *la Creación* es por motivo de tu Encarnación, tiene como fin tu Encarnación y culmina en Ella. Toda la obra de *la Redención* se cumple en tu Vida entera, en tu Santísima Pasión y Muerte. Toda la obra de *la Santificación* –que es trasplantar tu Vida en nosotros– es fruto de tu Resurrección, ¡ya que Tú eres el Verbo Encarnado, Muerto y Resucitado!

Sólo así todo lo que ha salido de la Voluntad del Padre ha de volver a El. Pero tu finalidad no sólo es crearnos, salvarnos y hacernos santos, sino darnos tu misma Divinidad, **hacer que tengamos como vida tu misma Voluntad: ¡porque eso es tu Reino!**

- 52 -

“Vosotros daréis testimonio de Mí, porque **habéis estado conmigo desde el principio**”, nos dice el Señor (Jn 15, 27). Y poco después: “Como Tú, oh Padre, eres en Mí y Yo en Ti, que también ellos sean en Nosotros una sola cosa, para que el mundo crea que Tú me has mandado. Y la gloria que Tú me has dado Yo la he dado a ellos, para que sean como Nosotros una cosa sola. **Yo en ellos y Tú en Mí**, para que sean perfectos en la unidad y el mundo sepa que Tú me has enviado y los has amado como me has amado a Mí. Padre, quiero que éstos que me has dado estén conmigo donde estoy Yo, para que contemplen mi gloria, que me has dado; porque Tú me has amado desde antes de la creación del mundo.” (17, 21-24).

Jesús no sólo nos ha tenido con El “desde el Principio”, sino en El: el Principio es el Padre, que “**en Cristo nos ha elegido antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados ante El en el Amor, predestinandonos a ser sus hijos adoptivos por obra de Jesucristo, conforme al deseo de su Voluntad**” (Ef 1,4-6). En su acto único y eterno, el Padre ha mirado al Hijo y

ha visto todo y a todos, a cada uno de nosotros, y por eso nos ha amado y nos ha creado: un solo Hijo multiplicado en tantos hijos. Así Jesús nos ha tenido en El desde que se encarnó, como miembros de su Cuerpo Místico, no sólo como pensamiento o deseo de tenernos en un futuro, sino como realidad viva nos sentía en su Corazón. En cada instante de su Vida, desde su primer latido hasta el último, sentía nuestra vida entera en El; ninguno faltaba, su Amor nos daba la existencia y la vida a cada uno.

La vida está formada por un número exacto aunque incalculable de instantes, de actos de existencia, como fragmentos que forman un mosaico: un mosaico que debe representar la imagen, el retrato cada vez más vivo de Cristo. Esa es la tarea que cumplir en la vida. Pero esos fragmentos han sido desordenados, muchos rotos o ensuciados por el pecado, y en su vida, desde el principio, Jesús ha tenido que repararlos y limpiarlos, para que juntos con El los pongamos **en orden, en su sitio y en su finalidad** que es la de formar en nosotros su Rostro, su Imagen viva.

En ese sentido San Pablo dice (sin duda haciendo suyas las palabras de nuestra Madre Stma.): *“¡hijitos míos, que yo de nuevo doy a luz con dolor hasta que no esté formado Cristo en vosotros!”* (Gál 4,19). Y como Ella y como Jesús, así también debemos llevar en nosotros, en cada instante de nuestra vida a todos nuestros hermanos.

- 53 -

El Espíritu Santo, que quiere inundar nuestro espíritu para vivificarlo, es como la luz cuando llega el alba, que inunda la atmósfera: son dos cosas bien distintas, la luz y el aire, que de hecho se hacen una sola cosa.

De la noche más profunda al día en pleno mediodía no se pasa de repente, sino poco a poco: primero el alba, después aumenta la luz y es la aurora y luego, en un cierto momento, suege el primer rayo de sol. Así es para cada uno de nosotros. En un alma que ha dicho a su manera que sí al Señor, El ha dado ya su primer paso al menos. Es sólo el comienzo del camino, es el alba o tal vez ya la aurora. Y lo que no sucede en una vida el Señor sabe hacerlo en un instante (como en Saulo). Fué su primer paso. Por eso me gusta decir a nuestra Madre, cuando rezo yo solo: *“...ruega por nosotros pecadores, ahora, que es la hora de nuestra muerte”*. Así es para todos: la vida es un continuo morir y la muerte debería ser el verdadero nacer a la verdadera Vida. Es paradójico. Toda la vida es un continuo morir a tantas cosas, pero de nada sirve si no es morir a nosotros mismos, mientras que el momento de dejar este mundo es el verdadero nacer, cuando es para abrazar al Señor.

Conclusión: Cristo Rey ya ha llegado (por eso la Iglesia finalmente instituyó su fiesta en 1925), pero aún no se manifiesta. Ya está presente en su modo nuevo, con su Querer como vida en un cierto número de almas que El conoce (las primicias de la nueva generación tan ardientemente suspirada, a partir de Luisa, “la pequeña Hija de la Divina Voluntad”), pero... “El ha de

crecer y nosotros disminuir”, hasta poder decir como San Pablo: “*cada día muero*” y por tanto “*ya no soy yo quien vive, sino Cristo es el que vive en mí*”. Y El espera el momento en que podrá decir lo mismo en cada uno de nosotros.

- 54 -

Venimos de Dios y hemos de volver a Dios. Nuestra vida, así como toda la historia de la humanidad, está proyectada por Dios como un camino de regreso. Su Proyecto sigue un orden preciso, un esquema expresado por la liturgia de la Iglesia en sus tiempos y sus solemnidades:

El Verbo Divino se encarnó y, aparte otros motivos, en el Credo decimos que “por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del Cielo”. Empezó **su Cuaresma** que culminó en su Semana Santa, dando la vida *por nosotros*. Fué la Redención. Al tercer día resucitó y durante 40 días permaneció en la tierra, con sus discípulos, antes de pasar del mundo al Padre: fué **su Pascua**, cosa que hizo en su **Ascensión**. Pero su camino no terminó ahí: mientras subió al Cielo, donde “está sentado” glorioso a la derecha del Padre, ha querido quedarse *con nosotros* en la tierra, especialmente en la Eucaristía, sabiendo que sin El no podemos hacer nada. Esa presencia es para vivir *en nosotros* y prepararnos al cumplimiento de su Reino y a su nueva venida como Rey, y “*después será el fin, cuando El entregue el Reino a Dios Padre*” (1ª Cor 15,24). Pero para preparar en nosotros su Reino ha enviado en **Pentecostés** al Espíritu Santo, el divino Realizador de todo en su Proyecto, el cual obra siempre por medio de su Esposa, la Stma. Virgen, Madre de Jesús y Madre nuestra, y desciende sólo en quien está en su Corazón Inmaculado.

- 55 -

Siento la necesidad de incluir en estos “pensamientos” una página del Siervo de Dios Mons. Luis María Martínez († 1957), Arzobispo Primado de México, tomada de su precioso libro “*Notas íntimas*”, pag. 241-242: “**Himno a las propias miserias**”:

“... Es verdad que Nuestro Señor ha realizado una obra maravillosa en mi alma. A la claridad de ese relámpago tuve una impresión extraña, una santa satisfacción; pero más, mucho más, sentí vergüenza y desconcierto. No quiero ver eso ni me lo explico. Para huir de la vergüenza me acojo a mis miserias; con ellas me siento a mis anchas, en paz, en mi centro. Mi remedio es cerrar los ojos a lo de adentro y abrirlos para mirar mis pobres harapos.

...Tenía en mis manos la Custodia; cerca de mis ojos la Hostia Santa. Y mi alma se llenó de luz. Si dentro de mí está la pureza infinita y la suprema bendición, ¿cómo no se han de difundir en torno mío la pureza y las bendiciones? Pero ese tesoro del cielo está escondido en un vaso de miserias; ¡bendito sea Dios que así es! ¡Benditas esas miserias que me cubren con un

velo lo divino que me deslumbraría! No podría vivir sin ellas, porque son la paz de mi vida, el imán con que atraigo al Señor y lo que hace posible vivir en la tierra llevando en el alma la vida de Dios. Como siempre que siento una viva emoción, me ví precisado a expresarla en verso, no tal como es, sino en cuanto es posible al pobre lenguaje humano:

Ven, descende amoroso a mi pobre miseria,
hasta el fondo sombrío de mi hondísima nada,
que el fulgor soberano de la Eterna Mirada
resplandezca en las sombras por milagro de amor.

Ven y vive de mi alma en la estrecha morada,
que a través de la tosca, de la mísera estancia,
se difunda en la tierra la exquisita fragancia
de tu **regia pureza**, de tu amor celestial.

Y será, si Tú vives en el fondo de mi alma,
de tu Verbo Divino el heraldo potente;
de tu acción el ministro y el feliz confidente
de tu dulce ternura, de tu inmenso dolor.

Pero no me despojes de mis pobres harapos;
si de luz me vistieras, o de rica pureza,
sentiríame confuso; mi nativa pobreza
con sus propios harapos sólomente es feliz.

Déjame, sí, vestido de mis viles harapos:
son mis timbres de gloria, son encanto exquisito
con que atraigo triunfante al Amado infinito
y lo obligo a esconderse en mi ruin corazón.

Mis harapos reclamo. ¿Podría acaso sin ellos
soportar mi miseria la delicia escondida
de llevar en mi vida el fulgor de tu Vida,
el misterio inefable de tu amor y mi amor?

En el alma, la dicha; los harapos de fuera.
Para todos oculto pasaré por el mundo;
llevaré de tu Alma el misterio fecundo
esparciendo su aroma sin que sepan por qué.

Bajo el manto raído de mi inmensa miseria
guardaré los tesoros de tu Amor y tu Vida
y la Gloria del Cielo, en la nada escondida,
quedará para siempre, porque vives en mí.”

Pero después de esta página, tan tocante, que muestra lo que el alma siente que es ante el Amor de Dios, el Señor responde con esta otra página, del 13º volumen (20 de Enero 1922) de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta, “la pequeña Hija de la Divina Voluntad”:

*“Hija mía, ¿de qué te aflijas? En mi Voluntad, las cosas propias, ¿sabes cómo son? Como tantos miserables harapos, trapos que al alma más le sirven de vergüenza que de honor y le recuerdan que era una pobre que ni siquiera tenía un vestido sano. Yo, cuando quiero llamar a un alma a mi Querer para hacer que sea su morada, hago como un gran Señor que desea llamar a una de las más pobres a su palacio, para hacer que, dejando sus trapos de pobre, se vista igual El, viva con El y participe a todos sus bienes. Entonces ese Señor va por todas las calles de la ciudad y cuando encuentra a una de las más pobres sin una casa ni donde dormir, cubierta sólo de míseros harapos, la toma y la lleva como triunfo de su caridad a su palacio, pero ordena que deje sus trapos, se lave y se vista con el vestido más bello, y que para no conservar el recuerdo de su pobreza **queme sus harapos**, ya que, siendo El riquísimo, no admite en su casa nada que sepa de pobreza. Pero, si la pobre echase de menos sus trapos y se afligiera por no haber llevado nada de suyo, ¿no ofendería la bondad, la magnanimidad de ese Señor?”*

Y en el último capítulo (28 de Diciembre 1938) del 36º y último volumen manifiesta la grandeza y la gloria a la que su Amor nos llama:

“Hija de mi Voluntad, ánimo, no te abatas demasiado, el desaliento hace perder la fuerza y hace sentir lejano Aquel que vive en ti y que te ama tanto. Tú debes saber que, cuando la criatura entra en nuestro Querer para dejar el suyo y tomar el nuestro, así empieza en ella el eco divino que resuena en nuestro Ser Divino; y Nosotros, al oirlo, decimos: «¿Quién tiene tanto poder, que llega hasta a hacer sentir el eco de su amor, de su respirar, de su palpar en nuestro Ser Supremo? Ah, es una criatura que habiendo reconocido nuestra Voluntad, ha entrado a vivir en Ella; que sea nuestra bienvenida». Nosotros para corresponderle le haremos que sienta el nuestro en ella, de modo que respiraremos con un solo respiro, amaremos con un solo amor, palpitemos con un solo palpar, y sentiremos que la criatura hace vida en Nosotros; no nos sentiremos solos, y ella sentirá que hacemos vida en ella, que está en compañía de su Creador que nunca la deja sola.

Debes saber que cada acto hecho en nuestro Querer no termina jamás, se repite continuamente, y como mi Voluntad se halla en todo, así el acto se repite en el Cielo, en las cosas creadas y en todos. Por eso un acto en nuestra Voluntad supera todo, llena el Cielo y la tierra y nos da un amor y gloria tal, que todas las otras obras resultan como tantas gotitas comparadas con el mar, porque somos Nosotros mismos los que nos glorificamos y amamos en la

criatura que se viste de su Creador y obra junto con El. Por eso, por cuantas cosas bellas parezca que hagan fuera de nuestro Querer, nunca pueden agradarnos, porque no tienen nada de Nosotros, no se pueden difundir por doquier; el amor es tan pequeño que, todo lo más, apenas cubre la obra que ha hecho.

*Ahora bien, tú debes saber que Nosotros amamos tanto a la criatura, pero no obstante que la amamos, no toleramos que esté con Nosotros indecente, sucia, sin belleza, desnuda, o bien **cubierta de miserables harapos**. No sería digno de nuestra Majestad Suprema tener hijos que no se nos parezcan y que de algún modo no estén bien vestidos, con las vestiduras reales de nuestro «Fiat». Sería como si un rey tuviera su ejército, sus súbditos mal vestidos, cubiertos de suciedades, que repugnan al mirarlos, uno ciego, otro cojo, otro deforme. ¿No sería una vergüenza para ese rey estar rodeado de un ejército tan miserable, que da pena? ¿No se condenaría el rey que no se preocupara de formarse un ejército digno de él, de modo que todos debieran quedar admirados viendo, no sólo la majestuosidad del rey, sino también el orden, la belleza de su ejército, la salud de sus jóvenes, su modo de vestir? ¿No sería un honor para el rey estar rodeado por ministros y por un ejército de los que él se sienta orgulloso mirándolos?*

*Pues bien, nuestro amor invencible, con sabiduría infinita, queriendo tratar familiarmente con la criatura, ha dispuesto **darle mi Voluntad**, para que con su luz la embellezca, con su amor la vista, con su santidad la santifique. Ya ves, pues, como es necesario que nuestra Voluntad reine en la criatura, porque sólo Ella tiene el poder de purificarla y embellecerla, de modo que forme nuestro ejército divino. Y Nosotros nos sentiremos honrados de vivir con ellos y en ellos. Serán nuestros hijos, que nos rodean, vestidos con nuestras vestiduras reales, bellos con nuestra semejanza.*

Por eso nuestra Voluntad primero purifica, santifica, embellece y después los admite en nuestro Querer a que vivan con Nosotros. Mucho más que, en el momento que la criatura entra en nuestro Querer, es tanto nuestro amor, que nuestro Ser Divino la inunda con su lluvia de amor; y al verla tan amada por Nosotros, los ángeles, los santos, todos le corren a su alrededor para amarla. La misma Creación exulta de alegría al ver nuestra Voluntad victoriosa en esa criatura y la inunda de amor, y oh, qué bello es ver que todos la amamos, y ella se siente tan agradecida al verse amada por todos, que los ama a todos.”

- 57 -

Nuestra vida en la tierra está representada por el Exodo, es una “pascua”: “pasar del mundo al Padre” (Jn 13,1) como Jesucristo, venido del Padre y que ha regresado al Padre (Jn 13,3). Hemos venido solos y volveremos solos. “Desnudo salí del seno de mi madre, y sin nada volveré. El Señor ha dado, el Señor ha quitado, ¡bendito sea el nombre del Señor!”, como dijo el santo Job

(1,21). Y cuando llegue la hora, nada nos llevaremos de tantas cosas y criaturas que el Señor nos ha dado.

En nuestra vida Dios ha puesto tantas personas, mediante las cuales nos da todo lo que necesitamos para volver a El, su Providencia, su Sabiduría, su Amor. Son medios para conocerlo, amarlo y servirlo, pero el fin es sólo El. Si los sacramentos de la Redención son siete, los de la Creación son innumerables, pero todas las criaturas son “signos sensibles, instituidos o creados por Dios, que manifiestan y comunican una gracia suya”.

Por desgracia para él, el corazón humano fácilmente se va apegando a una cosa o a otra, a cosas y personas, a criaturas que tendríamos que dejar porque ellas también nos dejan. Morir es precisamente eso. En un cierto momento de la vida se presentan los amigos y las personas queridas, surgen como estrellas en la noche, pero antes o después desaparecen y se van, o bien nos vamos nosotros y debemos dejarlas. Sin saberlo cumplen de parte de Dios un cierto trabajo en nosotros, para nuestro bien. Sólo en el Cielo, donde todo pasado está para siempre presente, las volveremos a encontrar y sin más peligro de ponerlas en lugar de Dios será la posesión recíproca del verdadero Amor.

- 58 -

La vida es el tiempo de la prueba, el tiempo en que dar respuesta al Amor de Dios. Al Amor se responde sólo con amor. A su invitación, a su deseo ha de corresponder nuestro deseo. Y cuando los dos deseos coinciden forman un puente sobre el que pasa la Vida, para crear una maravillosa comunión con Dios. Nuestra vida está formada por una larga serie de instantes, así como es una larga serie de pensamientos, de latidos, de respiros. Los Angeles han dado su personal y decisiva respuesta a Dios de una sola vez, habiendo tenido toda la Luz. Mientras que nosotros, más pequeños, recibiendo poco a poco, la debemos dar tantas veces, en tantos instantes, que son como breves espacios que se tienen que llenar de su Amor y de su Vida. Su Amor paterno quiere desahogarse con nosotros tantas y tantas veces y ser correspondido por nosotros otras tantas veces.

Lo repito: nuestra vida es un continuo pasar a la otra orilla, es nuestra “*pascua*”, como fue para Jesús, “*llegada la hora de pasar de este mundo al Padre*” (Jn 13,1). Pero es paradójico que sea como un continuo morir..., un morir a tantas cosas, ya no tenerlas, perder amigos, personas queridas, las otras criaturas, la propia salud, tener que dejar todo, hasta el propio “yo”, porque vamos hacia Dios y así –aquí está la paradoja–, mientras la vida es un morir, su final, la muerte, es un nacer para el verdadero vivir.

Esta vida es un sueño, se nos va... Nos acercamos a la meta. Estamos llegando todos a nuestro cumpleaños, un número de años que ya no tenemos a nuestra disposición, porque la vida es un camino de regreso a la Casa paterna, al Padre. Se ha de cerrar la circunferencia, para cada persona como para la entera humanidad. El hombre viene de Dios, todo viene de Dios y debe volver

a Dios. Y el camino ve hacia el Padre, momento por momento, o en dirección contraria. Cada momento es una ocasión para ir hasta Dios. Para no equivocarnos, es necesario recorrerlo con Jesús, que es el Camino, la Verdad y la Vida. ¡Ese es el resumen de todo!

-59-

Venimos de Dios y a Dios debemos volver: este es el sentido de nuestra vida, como de toda la historia de la Iglesia y de la humanidad. Sólo así se comprende que la vida sea un morir poco a poco - a tantas cosas, a nosotros mismos - y al final, salir de esta vida debería ser el verdadero nacer. Por eso permite el Señor nuestros desengaños, que nos veamos en realidad “solos” respecto a las criaturas, de las cuales en realidad no depende nuestra vida y no pueden por tanto llenarla, y son tan sólo indicaciones que apuntan en dirección a Dios. Pero en realidad *no* estamos “solos”, es imposible, porque estamos en Dios, en su adorable Voluntad. El ha trazado desde la eternidad nuestro camino, dándonos la luz suficiente para verlo y la gracia necesaria para recorrerlo en plena libertad. Si permite nuestros errores, es para instruirnos: una gran ocasión para que crezca nuestra confianza en El. Si miramos atrás, que sea para darle las gracias y redoblar nuestro amor, por nosotros y por todas las personas presentes en cada fotograma del film de nuestra vida: ¡que podamos encontrarlas definitivamente en el Cielo!

Y vivamos el presente con el corazón lanzado más allá del horizonte: con la plena confianza en el Señor, con lo único nuestro que tenemos: deseos y disponibilidad.

- 60 -

El Cielo es el fin de nuestra existencia, el estado de felicidad suprema y definitiva, el abrazo de la Stma. Trinidad. El Cielo es la visión beatífica y la posesión de Dios por amor: esa es la Gloria “esencial”, el gozar directamente del Creador, y con ella la Gloria accidental, que Dios nos dará por medio de todas sus criaturas. No se trata de un lugar especial, sino que cuando seremos glorificados en alma y cuerpo, será todo lo Creado, igualmente transfigurado por Dios para procurarnos una infinidad de vivísimas alegrías y goces.

“*En la Casa de mi Padre* –ha dicho Jesús– *hay muchas moradas*”, tantas en realidad cuantas son las criaturas. No un solo cielo, sino innumerables cielos. Cada bienaventurado en la Gloria es un cielo todo especial, que lo lleva consigo dondequiera que vaya; un cielo del que forman parte muchos otros cielos, de tantas otras personas glorificadas, espíritus puros (los ángeles) y seres humanos. Por eso decimos: “*Padre nuestro, que estás en los cielos*”.

Pero no es todo: cada glorificado tiene en su propio cielo muchos cielos, cada uno con su particular conocimiento, gloria, dominio, riqueza y felicidad. Son los diferentes cielos de las virtudes, libremente practicadas en la vida de prueba aquí en la tierra; cielos de los momentos de fidelidad a la Ley del

Altísimo; cielos de cada momento vivido en conformidad con la Voluntad de Dios. Son cielos que debemos prepararnos aquí en la tierra, con la ayuda (la gracia) del Señor. La vida en este mundo tiene como fin sembrar y cultivar precisamente todo lo que recogeremos como fruto en el Cielo. Toda la vida debe ser una preparación al Cielo. La finalidad, la razón de ser de cada día y de cada momento es preparar nuestro Cielo, vivir cada momento de tal modo que se pueda “trasplantar” en el Cielo. En cada instante Dios nos ofrece una gracia suya, una ayuda como “prenda de la Gloria futura”.

El Cielo, por tanto, no es algún recinto especial, por inmenso que sea, como sería un gran estadio o una catedral. El Cielo –como lugar– es el maravilloso Universo entero, estructurado por Dios en la inmensidad de sus cinco dimensiones. El Cielo está donde quiera que está Dios como recompensa y vida de sus hijos fieles, es decir, donde quiera que esté el hombre redimido y glorificado. El hombre sobrenaturalmente vivo, en Gracia, ya en vida mortal lleva en él el Cielo en germen o en gestación.

En fin, el Cielo, igual que el Purgatorio y el infierno, no es tanto un lugar –y lo es– cuanto una situación, una condición de vida: la vida del hombre vivida en el arco de toda su existencia. Si cada acto de existencia terrena debe trasplantarse al Cielo y “transformarse”, entonces cada acto y cada momento de la vida vivida podrá ser vivido de nuevo de un modo glorioso y celestial.

El Cielo es la felicidad inmensa de los glorificados, gozar del Amor y del Poder de Dios y de la “comunión de los Santos”, amar a todos los seres del Universo y gozar con ellos, conforme al grado de gloria alcanzado en esta vida. Es la perfecta realización del Amor humano-divino, que absolutamente supera nuestra capacidad de conocimiento en esta vida: *“Las cosas que ojos no han visto, ni oídos han escuchado, ni jamás entraron en el corazón humano, son las ha preparado Dios para aquellos que lo aman”* (1ª Cor 2,9).

- 61 -

¿Cuál es la diferencia entre estar en Gracia y el vivir en la Divina Voluntad, lo cual supone vivir en Gracia, como es lógico?

“Cristo vive en mí”, dice San Pablo (Gál 2,20): eso es vivir en Gracia. Como un líquido que llena una botella y se adapta a su capacidad, a su forma, así El se adapta a nosotros, mientras que vivir nosotros en la Divina Voluntad, que es el Don más grande, es adaptarnos nosotros en todo a El y con El a la Voluntad de Dios, que es infinita.

Pensemos, por ejemplo, a una estatua de sal que representa al hombre: ¿cuánta agua puede absorber sin perder su forma, sin deshacerse? Supongamos, 5 litros. Pero un día el Señor hace que la estatua descubra el mar y se acerque a él. *“¿Sabes quien soy?”*, le dice el mar. *“Soy tu padre, la sal de la que estás hecha ha salido de mí, te la he dado yo. Mira cuánta agua tengo, cuánta agua soy yo. ¿Quieres entrar en mí?”* Si la estatua acepta, llega una

pequeña ola, un poco más fuerte, y arrastra la estatua adentro del agua, sólo en la orilla. La estatua podría salirse del agua y seguir siendo como antes, pero si persevera y se queda, poco a poco el agua que la envuelve la va deshaciendo, hasta perder su propia forma y adquirir la misma forma del mar, y así empieza a conocer tantas cosas que hay en el mar (nunca se acaba), a reconocerlas como tuyas y a hacer todo lo que hace el mar. El agua representa la Vida divina, dada a nosotros por pura Gracia; el mar representa la Divina Voluntad.

Pongamos otro ejemplo. El Rey (el verdadero) viene a visitar a su amigo pobre en su mísera choza. Esa amistad es vivir en Gracia. Y le propone: si tú me das tu choza, Yo te doy mi palacio, y no sólo, sino mi Reino. Si el amigo pobre cree en la seriedad del Rey, cree en su amistad y sinceridad y dice sí, entonces el Rey empieza todos los trabajos necesarios para reestructurar, más aún, para rehacer la choza y convertirla en una pequeña morada perfecta, digna de él, tirando todo lo feo, lo que no vale nada y que no es digno de él, siendo ahora el dueño. Y al mismo tiempo le ordena al amigo pobre que deje sus harapos y se vista con las vestiduras del Rey (eso es *“fundirse en Jesús”*) para que vaya a vivir en el Palacio maravilloso, que es también suyo... Sin embargo tiene que aprender los modos de comportarse del Rey y a gobernar como él... Debe empezar a visitar su Reino, a recorrerlo y amarlo (esa es la finalidad de *“hacer los giros o paseos”* en la Divina Voluntad). Sólo así la criatura puede decir como Jesús y Jesús puede decir a la criatura lo que El dijo al Padre: *“Todo lo mío es tuyo, y todo lo tuyo es mío”*. ¡Y aquí viene el vértigo, porque “todo” significa “TODO”! Y Jesús quiere que todo lo que El es, todo lo que le pertenece y todo lo que El hace y que nos da, nosotros lo reconozcamos y lo poseamos como nuestro, que sea nuestro, que amemos y gobernemos todo como El y con El. Y la finalidad de todo lo que nos pasa y de todas las cosas es unirnos a El y corresponder a su Amor. La finalidad de todo es llevarnos a una perfecta comunión con El. ¡Eso es vivir y reinar en la Divina Voluntad! Jesús desea darnos su modo de pensar, de sentir, de obrar, de amar y (si hace falta) también de sufrir. Quiere darnos sus gustos, sus bienes, su alegría y felicidad, su gloria, el puesto que El tiene en el Corazón del Padre Divino. Lo dice en el Apocalipsis: *“Al vencedor le haré sentarse conmigo en mi trono, como también Yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono”* (Apoc. 3,21).

Padre Santo, que a tu amado San José le has dado la misión de ser en la tierra tu representante y tu vicario ante tu Divino Hijo y su Madre, la Santísima Virgen, como Padre y custodio amorosísimo, concede a los que has llamado a ser Sacerdotes y Pastores de tu pueblo, representantes de Jesucristo ante tu Iglesia, esas mismas virtudes que resplandecieron en San José: su fe, su esperanza, su amor y esa total entrega a tu adorable y misteriosa Voluntad, a partir de la más profunda humildad y la más perfecta obediencia; que sean como él Tu presencia viva en medio de tus hijos, para poder decir con Jesús:
“*el que me ve a Mí, ve al Padre*”. Amén.



Pequeña colección de frases célebres, para meditarlas, que pueden ayudarnos:

- “Buena ida y buen regreso, dijo Dios cuando nos creó con un beso”.
- “Padre mío, Padre bueno, a Ti me ofrezco, a Ti me entrego”.
- “La vida es toda en subida. Cada momento un peldaño para subir hasta Dios”.
- “Tantos desean los dones de Dios, más bien que el Dios de los dones”.
- “La emotividad no debe ocupar el puesto del buen sentido y de la Fe”.
- “Para que unos coman frutos dulces, otros deben masticar raíces amargas”.
- “Tanto de tierra dejamos, tanto de Cielo tomamos”.
- “¿Hay algo que el Señor podría pedirme, que yo no quisiera darle?”
- “Cuando Dios da, después pide; y cuando pide es para darnos mucho, mucho más” (es una competición de amor con El, como la del Padre y el Hijo)
- “Deseo y disponibilidad: sólo eso tenemos. Y en el deseo, la finalidad”.
- “Si te miras al espejo, pregúntate cómo te ve Dios”.
- “Cada cosa tiene una misión, este momento y la vida son una buena ocasión”
- “Hoy es el día más importante de la vida, porque es el único que tenemos”.
- “Mi ‘*hoy*’ coincide con el eterno *Hoy* de Dios, mi ‘*ahora*’ coincide con el infinito ‘*Ahora*’ de Dios y todos mis instantes tienen valor de eternidad”.
- “No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy”.
- “Por el camino del ‘*después, después*’ se llega al ‘*nunca, nunca*’...”
- “Con muchos *tantitos* se hace un *tantote*”.
- “La luz viene de Dios y es igual para todos: cada uno recibe por cuanto abre la ventana”.
- “En este mundo traidor, nada es verdad ni mentira – todo es del color aquel del cristal con que se mira”.
- “No te creas todo lo que oigas, ni digas todo lo que sepas, ni hagas todo lo que puedas..., déjales un poco a los demás”.

“Para ser contagiosos antes hay que estar contagiados. Nadie se ha convertido nunca porque le hayamos dicho el Credo”.

“El anuncio de la Fe entra primero por los ojos y después por los oídos”.

“Es creíble quien vive según la Fe, no el que la sabe sólo como Doctrina”.

“La Fe nos hace conocer a Dios, la confianza nos hace encontrarlo”.

“Por un dolor hoy, una alegría mañana”.

“Dios aprieta, pero no ahoga; Dios propone, pero no impone”.

“El Señor es sencillo, pero no es fácil”.

“Aprendamos a decir de las cosas de este mundo: ¡No importa!”

“Es importante desdramatizar: no hay que tomarse demasiado en serio”.

“La vida es una cosa tan seria, que hace falta sazonarla con sano humorismo”.

“Dichoso el que sabe reírse de sí mismo: no le faltará de qué divertirse”.

“No soy monedita de oro, para caerles simpático a todos”.

“*Jesús debe crecer, y yo disminuir*” (como dijo San Juan Bautista)

“Yo no soy yo, sino otro que se me parece” (¿mi verdadera realidad?)

“Tal como están las cosas, creo que de este mundo no vamos a salir vivos”.

“¡Yo no moriré, ni aunque me maten!” (hemos pasado de la muerte a la Vida)

“¡Señor, haz que la muerte me encuentre vivo!”

“El diablo cuando no puede frenar empuja; cuando no puede negar exagera”.

“*Tanto es el bien que yo espero - que toda pena es consuelo*” (Así dijo San Francisco de Asís).

“¡Jesús, confío en Ti! ¡Jesús, me entrego a Ti! ¡Jesús, ocúpate Tú!”

“Si con Jesús sembramos, con Jesús cosecharemos”.

“Señor, que quien me mire te vea, que quien me escuche te oiga y quien me busque te encuentre” (...si es la tentación, que te encuentre a Ti; si es el Padre Divino, que te encuentre a Ti; y si es la policía...)

“¡Dios y yo, mayoría absoluta! Tú eres el único **Uno**, yo soy **cero**; si te sigo de cerca somos **diez**. Y si te seguimos tantos... ¡quién sabe qué número!”

“Con el Señor no hay problemas, sin El no hay soluciones”.

“Creo la Iglesia, una, santa, católica, apostólica..., perseguida y sin dinero”.

“*¿Quién nos separará del Amor de Cristo?* (Rom 8,35) ¿Quién le podrá impedir que nos ame?”

“Señor, Tú sabes que te amo... aunque no siempre mi vida te lo dice. Pero siempre, en el peor de los casos puedo decirte: ¡yo sé que Tú me amas!”

“*Amor, Amor, habla Tú solo, que siendo Amor sabes hablar... En tu Querer se dice más callando que hablando*” (dijo Luisa Piccarreta a Jesús)

“Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra, ruega por nosotros, pecadores, ahora, *que es la hora* de nuestra muerte. Amén”.

